EL ÚLTIMO BRAVO

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ y PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid,
el 31 de Enero de 1917

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
1344

Para Andrés González Blanco y
Diego San José con la admiración
y el cariño de

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA	Sra. Muñoz.
CLAUDIA	Srta. Carbone.
DOÑA JULIA	Sra. Martínez.
DOÑA CAROLINA	Srta. Geijo.
AZUCENA	León.
BRÍGIDA	Pacello.
MARTA	Rey.
EMETERIA	Riquelme.
SEGUNDO	Sr. González.
PRIMO	Bonafé.
GUZMÁN	Zorrilla.
RICORDI	Espantaleón.
MANTTON	Moreno.
RAMIRO	Valle.
RASCONIÉ	Asquerino.
RODOLFO	Pereda.
DOMINGO	Riquelme.
DON COSME	Delgado.
GONZÁLEZ	Insúa.
GARCÍA	Granja.

ACTO PRIMERO

Despacho elegantísimo en casa de Segundo Bravo de Chacota, Marqués de Sierra Nevada y Conde de Nieves de los Cárpatos. Puerta de entrada en el ángulo de la izquierda. Una puerta en el foro y otras en el lateral derecha. La acción en Madrid. Epoca actual. Es de día y en el mes de mayo.

—

(Al levantarse el telón, MARTA, joven criada de la casa, entra en escena por la puerta del foro izquierda, seguida de GUZMAN, hombre muy elegante que frisa en los cuarenta años.)

GUZ. Anuncie usted al doctor Macías.

MARTA Vuelvo a decir al señor que el señorito no está en casa.

GUZ. Mire usted, joven, el portero acaba de decirme que no ha visto salir al señor marqués en toda la mañana, de manera que, haga usted el favor de avisarle. (Se sienta cómodamente.)

MARTA (¡Qué testarudo!) Domingo, el ayuda de cámara, dirá al señor que no miento. (Llamando.- ¡Domingo!... ¡Domingo!

DOM. (Dentro.) ¿Qué quieres, Marta? (Entrando por la puerta del foro.) ¿Qué quiere usted, Marta?

MARTA Este caballero, que se empeña en afirmar que el señor está en casa.

DOM. (Muy reverencioso y sonriente.) Señor, el señor ha salido, y si no hubiera salido el señor, al señor se le hubiera dicho, porque el señor no se niega a ningún señor.

725201

GUZ. Está muy bien; bueno, pues dígale al señor... que salga.

MARTA (¡Jesús, qué hombre!... ¡Allá ellos!) (Se va por el foro.)

DOM. Si el señor desea esperar al señor marqués puede hacerlo, desde luego, y para que no se aburra el señor, ahí tiene un gramófono y varios discos con jotas, que serán sus canciones favoritas, porque sospecho que el señor es aragonés.

GUZ. ¡Caramba! Este Domingo es festivo. Pues muy bien, esperaré, y si me place pondré algunos discos. Por lo pronto, ahí van esos cinco discos en papel. Me ha hecho usted gracia. (Le da un billete.)

DOM. (Partiéndose la columna.) ¡Señor!...

GUZ. Dígale al marqués que aquí le aguarda su amigo el doctor Macías.

DOM. (Bajando la voz.) Es que tengo orden de no interrumpirle por nada ni por nadie. Está en el cuarto de baño.

GUZ. ¡Ah! Entonces no le avise hasta que se seque. Aguardaré escribiendo unas cartas.

DOM. (Saludando.) ¡Señor! (Mutis por el foro.)

GUZ. Qué sorpresa va a recibir Segundo dentro de un minuto. ¡Ocho años sin vernos; sin recibir noticias el uno del otro!... Me figuro que ya se habrá formalizado un poco, porque no en balde pasan los años. ¡Qué ganas tengo de verle! Era muy calavera, pero muy simpático. (Ríe.) Aún me acuerdo de cuando Segundo se hizo de la izquierda y me metió en aquel casinillo republicano donde organizaba cada juerga que hacía fruncir el ceño a un retrato de Ruiz Zorrilla que había en un testero... (Ríe.) ¡Qué escándalos armábamos allí! A quien se le hubiera dicho que Segundo Bravo de Chacota, Marqués de Sierra Nevada y Conde de Nieves de los Cárpatos, el último Bravo, era vocal de un comité republicano y que bailaba panaderos con unos cerrajeros, no lo hubiera creído. (Dirigiéndose a la mesa.) ¡Qué tiempos aquellos! (Sentándose.) En fin, ya hemos sentado la cabeza. Escribiré al doctor Ricordi. (Fijándose en unas cartas que hay sobre la mesa.) ¿Eh? (Leyendo

en un sobre.) «Para entregar a la señorita Claudia Romero después de mi muerte.» Y es letra de Segundo. ¡Qué cosa más rara! (Toma otro sobre.) «Para el señor Juez de guardia...» ¿Qué es esto? ¡Oh! Yo necesito enterarme. Acaso... (Abre la carta y lee.) «Señor Juez de guardia: Cuando llegue esta misiva a sus manos habré dejado de existir. No se culpe a nadie de mi muerte. Voluntariamente abandono esta vida miserable por motivos que sería prolijo enumerar. De usted afectísimo cadáver, Segundo Bravo de Chacota, Marqués de Sierra Nevada.» ¡Dios mío! (Nerviosamente hace sonar un timbre.) ¿Pero, qué ha hecho este loco? ¡Jesús, Jesús!

MARTA (Por el foro.) ¿Llamaba el señor?

GUZ. ¡Pronto! ¿Dónde está el señorito?

MARTA El señorito ha salido.

GUZ. ¡Imbécil! Nada de ocultaciones. ¡Pronto! ¿Dónde está?

MARTA (Asustada.) Crea el señor que ignoro...

GUZ. (Gritando.) ¡Domingo!... ¡Domingo!...

DOM. (Por el foro precipitadamente.) ¿Qué sucede?

GUZ. ¡A escape: condúceme al cuarto de baño! ¡El señorito se ha suicidado!

DOM. ¡Repistola!

GUZ. ¡Pronto!

DOM. Por aquí. (Hace mutis por la puerta de la derecha seguido de Guzmán.)

MARTA ¡Ay, Dios mío de mi alma!... ¡Ay, qué miedo! (Escucha.)

GUZ. (Dentro aporreando una puerta.) ¡Segundo! ¡Segundo!...

DOM. (Idem.) ¡Señorito!...

GUZ. Rompa usted el cristal del montante.

DOM. ¡Una silla!

GUZ. De prisa. (Ruido de cristales que se hacen añicos.)

DOM. ¡Uf! ¡Qué olor a gas!...

GUZ. ¡Pronto: una escalera; hay que entrar por el montante y abrir la puerta! ¡Vamos!

MARTA ¡Virgen Santísima, qué horror!...

EMET. (Cocinera vieja, en traje de mecánica, por el foro.) ¿Qué sucede, Marta?

MARTA ¡Ay, Emeteria, qué catástrofe!

EMET. ¿Qué pasa?

MARTA ¡Que el señorito se ha matao!

EMET. (Santiguándose) ¡Jesús, María!... ¿Pero cómo?

MARTA Que se habrá levantao la tapa de los sesos.

EMET. Qué «considencias» hay en la vida, hija mía.

MARTA ¿Por qué?

EMET. Porque yo le había preparao pa almorzar unos sesos a la veneciana, que tantísimo le gustan, y estuve bromeando con Domingo y diciéndole: pica de lo que gustes, pero respeta estos sesos, que son los sesos del marqués. (Dentro suena un gran golpe.) ¿Qué será?

MARTA Que habrán entrado por el montante.

DOM. (Dentro. llamando.) ¡Marta!... ¡Emeteria!...

MARTA ¡Ay, yo no; yo no!

EMET. ¡Voy!... (Hace mutis por la puerta de la derecha.)

GUZ. (Dentro.) Sí; al despacho. Ayúdeme usted.

DOM. Coja usted de ahí.

GUZ. Con mucho cuidado.

MARTA ¡Ay, que lo traen!... (Pega un grito y se va por la puerta del foro.)

(Entre Guzmán, Domingo y Emeteria entran en escena al inanimado Marqués y lo colocan sobre un sofá.)

EMET. ¡Pobre señorito!

DOM. ¡Qué espanto!

GUZ. Por fortuna hemos llegado a tiempo. Pronto, haga usted lo que yo; hay que activar su respiración. (Guzmán y Domingo le mueven los brazos.) Así. (A Emeteria.) Traiga usted agua fría para aplicarle unas compresas...

EMET. Sí, señor. (Mutis por el foro.)

GUZ. (A Domingo.) Siga usted moviéndole los brazos. (Se dirige a la mesa y escribe.) Pronto, corra a la farmacia y que le despachen esta fórmula. Tardarán algo en prepararla, pero no importa, espere usted y no vuelva sin ella.

DOM. Sí, señor. (Vase a carrera abierta por la izquierda.)

EMET. El agua, señorito.

GUZ. A ver. (Toma su pañuelo, lo impregna y lo aplica a las sienes de Segundo.) Bien: suspira. (Le toma el pulso.) Esto ya es otra cosa.

EMET. ¿No se morirá?

GUZ. No, señora.

EMET. Más vale así. No sabe usted cuánto me alegro. Porque tenerme que echar ahora a buscar otra casa...

GUZ. Puede retirarse; ya le avisaré yo si es necesario.

EMET. Está muy bien. (Hace mutis por la puerta del foro.)

GUZ. (Al ver que Segundo vuelve a suspirar y se pasa la mano por la frente.) Segundo... ¡Segundo!

SEG. ¿Eh?... ¿Quién? (Se incorpora.) ¿Cómo?... ¿Qué?

GUZ. Segundo.

SEG. ¡Ah! (Mira al techo, al suelo, a los muebles.) ¡Dios mío! ¡El agua, el ozono, el gas!...

GUZ. ¡Pero, Segundo!

SEG. (Como antes.) ¡El linoleum, el jabón, la esponja!

GUZ. (¿Qué dice?)

SEG. (Como antes.) ¡El juicio de Buenavista; lo ganó Martínez!

GUZ. (¡Dios santo, ha perdido el juicio!)

SEG. ¡El ladrón de Ruiz!... ¡El sinvergüenza de Teruel!... (Fijándose en Guzmán.) ¿Pero qué es esto? ¡Guzmán! ¡¡tú!! ¡Yo sueño!

GUZ. Vamos, Segundo: serénate, cálmate. Sí, yo soy. Vives; te he salvado.

SEG. ¡Tú! ¡Me has salvado tú!... ¿Qué has hecho, Guzmán? ¡Qué has hecho! (Se deja caer abrumado.)

GUZ. Hacerte vivir.

SEG. ¡Hacerme vivir!... ¡desgraciado de mí! Haciéndome vivir me has matado.

GUZ. Pero, Segundo, por la Virgen Santísima, vuelve a la realidad; tranquilízate. La suerte me hizo llegar a tu casa en este momento tan oportuno. Ignoro las causas que te han impulsado a atentar contra tu existencia, pero por gravísimas que sean, aquí me tienes dispuesto a salvar cuantos obstáculos se opongan a tu felicidad.

(No hemos dicho que este Segundo Bravo es un hombre como de cuarenta años, arrogantísimo, elegantísimo y simpatiquísimo.)

SEG. Gracias, Guzmán. Un mundo entero de gratitudes para ti. Nunca podré pagarte tu buen deseo, y digo nunca, porque dentro de breves horas moriré.

GUZ. ¿Estás loco?

SEG. ¡Ojalá! Loco no pensaría; no vería con esta claridad meridiana la magnitud de mi desdicha.

GUZ. Pero, ¿qué te ocurre?

SEG. Escucha atentamente y después de mi rela-

to comprenderás cuán inoportuno has sido volviéndome a la vida. Oyeme. Querido Guzmán: dos puntos.

GUZ. Sigue.

SEG. Dos puntos importantes tengo que someter a tu consideración.

GUZ. A ver.

SEG. Primero: ¿qué harías tú si estando completamente arruinado contrajeses una deuda de honor y tuvieras que pagar hoy a las cinco de la tarde cincuenta mil pesetas en efectivo metálico? (Guzmán reflexiona. Pausa.) Contéstame.

GUZ. ¿Dices que completamente arruinado?

SEG. Completamente.

GUZ. (Después de pensarlo un instante.) No pagarlas.

SEG. Se trata de una deuda de honor. ¿Me entiendes, Guzmán? ¡De honor!

GUZ. ¡Ah! ¡Es de honor! (Piensa.)

SEG. Sí, ¿lo ves?

GUZ. Clarísimo. Pues... no pagarlas.

SEG. Bien, pasemos al segundo punto. ¿Qué harías tú si estuvieras comprometido seriamente a casarte con una mujer a quien si no odias, tampoco amas?

GUZ. No casarme.

SEG. Te he dicho comprometido seriamente.

GUZ. ¡Ah! Dices comprometido seriamente... (Piensa.)

SEG. Sí, ¿estás viendo?

GUZ. (Después de pensarlo otra vez.) Clarísimo. Pues no casarme, y te juro, querido Segundo, que esto mismo te lo contestan dos millones de personas poseedoras del Toisón de oro.

SEG. Pues vamos a otro punto.

GUZ. ¿Pero hay más?

SEG. Sí; te dije dos porque creí que eran suficientes, pero veo que no. Vamos a ver, ¿que harías tú si estuvieses profundamente, ciegamente, locamente, enamorado de una mujer de quien lo ignoras todo: su nombre, su estado, su condición social, su actual residencia, todo, completamente todo? ¿Qué harías, dí?

GUZ. Tomar un reconstituyente.

SEG. No me entiendes, Guzmán.

GUZ. Explícate más claro.

SEG. Ya comprenderás, querido Macías, que cuando me he visto obligado a suicidarme abriendo la llave del gas, es porque mi situación es insostenible. No tengo un cuarto y todo el mundo me cree rico. Merced a esta creencia he pedido dinero a muchos amigos y éstos me lo han prestado sin documento alguno, sin formalidades por escrito.

GUZ. ¡Hola! De manera que todas tus deudas son de boquilla, vamos de palabra.

SEG. Sí, pero empeñando mi honor y ese es lo único que me está vedado perder. Jamás cayó mancha alguna en la noble ejecutoria de mi casa, y eso que los Bravos de Chacota datan de la creación del mundo. Ya conoces el lema de mi familia: «Los Bravos porque Dios quiso, proceden del Paraíso». Y yo me mataré cien veces antes que salpicar de lodo el noble escudo de mis antepasados, en cuyos cuarteles figuran soldados aguerridos que pelearon en las Cruzadas y en Flandes y en el Perú, como sabes.

GUZ. Yo ignoraba que en tus cuarteles hubiera soldados.

SEG. ¿Pues qué iba a haber, Macías?

GUZ. Tienes razón, prosigue.

SEG. Pues como te decía, antes de dar una campanada mayor que la de Huesca, me mato. La gente dirá: qué Bravo más débil, pero el honor quedará a salvo.

GUZ. Bueno, concretemos. ¿Tú, que cantidad necesitas para salvarte de este conflicto financiero?

SEG. Una parvedad. Trescientas mil pesetas. De ellas cincuenta mil antes de las cinco de esta tarde, porque a las cinco y media he citado al de Soria y le conozco: a las cinco y diez está aquí.

GUZ. ¿Quién es el de Soria?

SEG. Un señor inmensamente rico, extraordinariamente avaro que me ganó anteayer en el treinta y cuarenta, cincuenta mil pesetas. Yo le prometí bajo mi palabra que se las pagaría hoy a las cinco y media, y para qué te voy a engañar: te dije antes que estaría

aquí a las cinco y diez; bueno, pues a las cinco menos cuarto estará llamando a la puerta. Conozco a don Ramiro Teruel.

GUZ. ¡Cómo! ¿Teruel y de Soria?

SEG. Sí.

GUZ. ¡Don Ramiro Teruel!

SEG. Sí, hombre.

GUZ. ¿Pero Teruel está en España?

SEG. Desde los Genízaros.

GUZ. No te bromees; es que yo creía que Teruel estaba en los Pirineos con su familia.

SEG. ¡Ah! ¿Pero tu le conoces?

GUZ. Muchísimo. Su hija Clarita es mi prometida. Clarita Teruel, una muchacha conocidísima en la alta sociedad de Soria: muy aficionada a los sports. Monta a caballo, caza, patina, automovilea y regatea.

SEG. Pues si regatea es como su padre.

GUZ. Regatea en balandro, y haz el favor de no irte por los cerros de Úbeda.

SEG. De modo que por fin vas a casarte y en buenas condiciones ¿eh?

GUZ. Buenísimas: es millonaria y yo la idolatro.

SEG. ¿Y ella te corresponde?

GUZ. No lo sé.

SEG. ¿Que no lo sabes?

GUZ. Claro, hombre, ¿no ves que se trata de una amnésica que tengo en tratamiento?

SEG. ¿Amnésica? ¿Qué es eso de la amnesia, tú?

GUZ. Una enfermedad que consiste en la pérdida de la memoria.

SEG. ¡Ah! ¿Pero tú?...

GUZ. Sí, me dedico a esa clase de enfermedad desde que entré de primer ayudante con el Doctor Ricordi, una eminencia mundial que ha instalado un confortable Sanatorio en los altos Pirineos. Allí llevaron a Clarita Teruel que había perdido la memoria a resultas de una catástrofe ferroviaria.

SEG. ¡Pobrecilla!

GUZ. Yo me encargué de su curación, y los padres, para estimularme, me ofrecieron su mano.

SEG. De manera que ella no te conoce.

GUZ. Me conoce, pero en cuanto deja de verme se olvida completamente de mí.

SEG. Desconocía yo esa enfermedad.

GUZ. Pues es bastante frecuente y ofrece aspectos muy distintos. Casi siempre suele ser producida por una conmoción ó una intoxicación... (Asaltándole una idea repentina.) ¡Ricordi!

SEG. ¿Eh?

GUZ. (Pensando.) ¡Calla!

SEG. ¿Qué te sucede?

GUZ. ¡Demonio!... ¡Claro!... Eso es...

SEG. Oye, pero...

GUZ. ¡Justo!... ¡Sí!... Amnesia funcional paroxística que aparece rápidamente...

SEG. (Intrigado.) ¿Pero quieres explicarme?...

GUZ. (Contentísimo.) Segundo: ven a mis brazos. Ya no tienes que matarte.

SEG. (Dejándose abrazar.) ¿Eh?

GUZ. Ahora sí que te has salvado. ¡Albricias!

SEG. Pero..

GUZ. Querido Segundo: desde hace media hora no te acuerdas ni de que has venido a este mundo miserable.

SEG. Calla, Macías, que creo que empiezo a comprender... Yo me he encerrado en el cuarto de baño, he abierto la llave del gas y me he dispuesto a morir intoxicado como un hombre de honor.

GUZ. Y yo llego a tu casa...

SEG. Preguntas por mí... pasas...

GUZ. Leo la carta que dirigías al Juez de guardia...

SEG. Entras en el cuarto de baño...

GUZ. Te saco de él casi moribundo, te hago la respiración artificial.

SEG. Yo vuelvo...

GUZ. Yo te digo: «Segundo de mi alma», y tú me dices: «Usted se confunde».

SEG. Yo no me acuerdo de ti.

GUZ. Ni de mí, ni de nadie, ni de nada. Eres un caso tipo de amnesia funcional paroxística.

SEG. Luego vendrá el de Soria.

GUZ. Y como si viniera uno de Zaragoza.

SEG. Tú le explicas...

GUZ. De eso me encargo yo. Y hago más, querido Segundo; te llevo a mi Sanatorio para quitarte pejigueras de encima y cuando tengas todos tus asuntos arreglados, recobras

la memoria y yo consigo un éxito personal, que, vamos, me hago célebre.

SEG. (Abrazándole conmovido) ¡Macías de mi alma!... ¡Siempre fuiste un alma grande, un cerebro portentoso! Te conocía algo, sí, pero ahora te conozco más; ahora te conozco del todo.

GUZ. (Que oye pasos y ve a Domingo.) ¡Tu criado! (Entra DOMINGO por la izquierda.) ¿Pero no me conoces? ¡Segundo!... ¡¡Segundo!!

SEG. (Afectando la mayor idiotez.) ¿Quién es usted?

GUZ. ¡Pobre amigo mío! ¡Más le valiera haber muerto!...

DOM. (Asustado.) ¿Pero qué le sucede al señor Marqués?

GUZ. Que a consecuencia de la terrible emoción sufrida ha perdido la memoria por completo. Es un caso de amnesia sorprendente. (Por la medicina que trae Domingo.) Puedes tirar ese preparado; ya no hace falta. ¡Segundo! ¡Segundo!

SEG. ¿Quién es usted? (Por Domingo.) ¿Quién es ese caballero?

DOM. ¡No me conoce!

GUZ. ¿Pero no sabes que eres el Marqués de Sierra Nevada? ¿Qué estás en tu casa? ¿Qué te ibas a matar?

SEG. (A Domingo.) Siéntese, caballero.

DOM. (¡Está como un cacharro!)

GUZ. (A Domingo.) Dejémosle; no conviene cansar su cerebro.

DOM. (A Guzmán.) ¿De modo que no se acuerda de nada?

GUZ. Ni de lo que ha hecho hace cinco minutos.

DOM. La de preocupaciones que se va a quitar de encima. Y claro, no se acordará mi señorito de que me debe ocho meses.

GUZ. Eso, ni soñarlo.

DOM. (Rascándose la coronilla.) Oiga usted, ¿y curará pronto?

GUZ. Acaso no, pero curará.

DOM. ¡Pobre señorito!

SEG. (A Guzmán, por Domingo.) ¿Este caballero ha venido con usted?

GUZ. Sí, amigo mío, pero va a retirarse.

DOM. ¡Jesús, Jesús!

GUZ. (A Domingo) ¿Qué familia tiene el Marqués?

DOM. Ninguna, señor. Digo, como no se cuente á la familia de esa señorita con la que iba a casarse.

GUZ. Bien, retírese y comunique por teléfono esta desgracia del Marqués a esa familia, al Club y a sus amigos más íntimos.

DOM. Sí, señor. (Haciendo mutis por la izquierda.) Menos mal que no son más que ocho meses; si le da esto de la magnesia dentro de un par de años, mi ruina. (Vase.)

GUZ. Querido Segundo, eres un actor muy recomendable. Estoy satisfecho.

SEG. Pues por poco lo echo todo a rodar al oir decir a ese sinvergüenza que le debía ocho mensualidades.

GUZ. ¡Cómo! ¿No se las debes?

SEG Le debo siete solamente.

GUZ. Hombre, no te acordarás.

SEG. ¿Cómo que no? Casualmente tengo una memoria que asusta.

GUZ. Calla: no grites. (Suena dentro un timbre.) ¿Qué es eso?

SEG. El teléfono.

GUZ. ¡Ah! Bueno, tú ya no te preocupes; dentro de diez minutos sabe todo Madrid que has perdido la memoria.

SEG. Lo único que siento es, que llegue a oídos de esa divina maga que desconozco e idolatro.

GUZ. Pero escucha; eso que me has dicho antes de que estás enamorado de una mujer de quien lo ignoras todo, ¿es cierto?

SEG. Sí, querido Guzmán, sí; amo un misterio, acaso un imposible. ¡Qué sé yo!

GUZ. Hombre, me intrigas. No creí nunca que llegases a ser un personaje de folletín.

SEG. Lo soy: óyeme y juzga. Hace tres años, para borrar de mi memoria la canallada que me hizo un amigo de la niñez, me fuí a Ostende.

GUZ. Bien hecho.

SEG. Pero en Ostende me aburría como una ostra y me trasladé a Venecia en busca de emociones artísticas... ¡Y allí fué, querido Macías! ¡Allí fué!... En la bella ciudad de los canales donde las albas palomas picotean en tus manos los granos que lleves, mien-

tras dora el sol las vetustas piedras del lejendario palacio donde moraron Borgias y Capuletos y Monstesquis. ¡Ah!

GUZ. Bueno, pero...

SEG ¡Allí fué!... En la ciudad de la poesía, porque hasta en el cuarto del gran hotel D'Annuncio, donde yo me hospedaba, hallé cuartillas con madrigales que escribió sin duda algún poeta errabundo...

GUZ. Bien, pero...

SEG. ¡Allí fué!... Una nubosa mañana paseaba yo en góndola por el gran canal, provisto de mi máquina fotográfica y oyendo entonar al gondolero este cantar sencillo:

«Resta tranqüilo il mare,
tranqüila la fioresta
e in ciel la blanca luna
resta...»

GUZ. Excelente canzonetta.

SEG De pronto una góndola engalanada, cuya afilada proa separaba lentamente las azuladas aguas, vino hacia nosotros, y en ella, querido Guzmán, iba una mujer, qué digo una mujer, una náyade, una ondina, un ensueño. Yo al verla sofoqué un grito de admiración y de entusiasmo, me levanté rápidamente y enfocando mi Kodat apreté el resorte y su imagen quedó grabada para siempre en aquella cámara oscura, pero al poner mi pie sobre una de las bandas de la góndola para no perder el equilibrio, se conoce que toqué mal en la banda y caí al agua.

GUZ. ¡Qué espanto!

SEG. Tan sólo oí un grito estridente que aún vibra en mi corazón y después nada; perdí el conocimiento y el Frégoli. Cuando volví a la vida me encontré ya seco, sobre la cama de mi cuarto.

GUZ. ¿Y ella?

SEG. Me dijo el gondolero, que ella, como una heroína, ayudó a extraerme de las aguas, que en su propia góndola me condujo hasta el hotel y que no se separó de mi lado hasta que yo lancé el primer suspiro, precursor de

mi vuelta a la vida; y que al oirlo salió rápida, exclamando quédamente como un susurro: «¡Adiós! ¡Nunca te olvidaré!...»

GUZ. Eso lo mandas al *Blanco y Negro* y te hacen redactor.

SEG. Cuando a los dos días pude abandonar el lecho, pregunté, inquirí, indagué, revolví, rebusqué...

GUZ. ¿Y qué?

SEG. ¡Nada! Nadie supo decirme quién era aquella misteriosa deidad.

GUZ. ¡Qué raro!

SEG. Sólo pude averiguar que era española. ¡Ay, Macías de mi alma! Aquel rostro divino, aquel grito que oí y aquella frase que no oí, no se apartan un momento de mi imaginación.

GUZ. ¿Y dices que lograste retratarla?

SEG. Sí, y cien veces he reproducido su imagen,

GUZ. Hombre, enséñamela.

(Voces dentro.)

SEG. ¡Calla! (Escucha.) Sí: mi futura y su madre; no quiero verlas. La madre es una señora insufrible, una plebeya enriquecida que me crispa los nervios, dilas que estoy descansando. Haz la comedia con habilidad, y cuando lo creas oportuno me llamas. Hasta luego. (Se va por la derecha.)

GUZ. ¡Pobre Segundo! Las calaveradas se pagan. Así está él de flaco: casi se le podía llamar calavera y esqueleto.

(Por la izquierda entran en escena DOÑA JULIA y CLAUDIA. Doña Julia es una señora como de cincuenta años, muy perfilada, redicha y cursi; Claudia es una joven pálida, anémica y neurótica.)

JULIA Pasa, Claudia, y sécate los lagrimales. ¡Caballero!...

GUZ. ¡Señoras!...

JULIA ¿Es usted ese joven doctor a quien el Marqués debe su vida?

GUZ. Para servirle.

JULIA ¡Oh!... ¡Gracias!... ¡Gracias!... Venimos desoladas. Acaban de comunicarnos las espantosas nuevas del frustado suicidio y la pérdida de la memoria del Marqués, y con el asombro que podrá usted imaginar monta-

mos en el cuarenta que ha venido como lanzado por Júpiter y aquí estamos ávidas de noticias. ¿Dónde está?... ¿Dónde está Segundo?...

GUZ. Descansa en este momento, señora.

JULIA ¿Pero es verdad que...?

GUZ. Es cierto. Mi excelente amigo el Marqués de Sierra Nevada se encuentra en este instante como si acabara de nacer.

(Claudia gimotea y solloza.)

JULIA ¡Entereza, Claudia!... Caballero, no le extrañen ni las lágrimas de esta atribulada hija, ni el nerviosismo de esta vehementísima madre. Claudia Romero, mi hija, es la prometida del Marqués, su amigo.

GUZ. ¡Señorita! (Saludando.)

JULIA Y a una servidora, su madre, la ligaba con el desmemoriado Marqués, su amigo, no el futuro maternal político afecto corrientísimo, sino una simpatía, que sin tocar en la demencia furiosa, podría considerarse como prieto y estrecho lazo más atenazante que los propios de la consaguinidad.

GUZ. (Reverencioso.) ¡Oh!

CLAU. ¡Infeliz Gundito! ¿Y dice usted que no se acuerda de nada?

GUZ. Hace diez minutos, me preguntaba con los ojos fuera de las órbitas: ¿Quién soy? ¿Qué casa es esta?... ¿Qué pinto aquí yo?

CLAU. Entonces, cuando me vea a mí...

GUZ. Como si viera a doña Bárbara de Braganza, a quien creo no conoce ni por grabados.

(Llora Claudia.)

JULIA ¡Qué catástrofe más insólita!

CLAU. ¿Y cree usted que la enfermedad hará crisis?

GUZ. Confío en el talento de mi maestro el sabio doctor Ricordi, a cuyo sanatorio de los Pirineos he de llevar al Marqués mañana mismo si es posible.

CLAU. Quiero verle, mamá. ¡Quiero verle!

JULIA Modera tu natural fogoso, Claudia. No le sorprenda esta vehemencia, distinguido Galeno, mi hija es impetuosa como yo y como su pobre padre que hace cuatro años dejó fatalmente esta vida terrenal. Calixto Romero; lo oiría usted nombrar.

GUZ. Sí; tengo una idea.

JULIA Fué un gran caballero y un trabajador incansable. El engrandeció la fábrica de jabones de mi padre, don Bernabé Saltillo, hasta convertirla en un emporio. Cláro que no hay que echar por tierra a mi padre que fundó la fábrica y fué el primer Saltillo jabonero, pero hay que ver lo que amplió el pobre Romero nuestra industria: colonias, elixires, cremas, perfumes, sobre todo las colonias que se hicieron célebres no sólo en España si no en el extranjero. Pero un traidor dependiente nos robó la fórmula y de pronto las empezaron a fabricar en Alemania a mitad de precio. A aquel sinvergüenza de Rodríguez debemos el haber perdido las colonias.

CLAU. Mamá, no recuerdes cosas tristes, que bastantes tribulaciones tenemos encima.

JULIA Tienes razón; pero parece mentira que aquel canalla llevando diez años entre jabones y esencias, nos hiciera aquella cochinada, ¿verdad que es paradógico?

GUZ. En efecto.

JULIA Y no tiene usted idea de cómo tuvimos a esta a resultas de aquella acción.

CLAU. ¡Mamá!...

JULIA Niña; no coartes. Pues tuvimos a este sol con una anemia, que creímos que se nos difuminaba. Era un color verde cantábrico que daba miedo, y es, ¿sabe usted?, que la muy tonta se había enamorado de Rodríguez con un frenesí mahometano.

CLAU. No exageres, mamá.

JULIA Mahometano he dicho y lo sostengo en un ara. Como que se quedó esquelética; todo el mundo nos decía: «Esta Claudia no tiene más que hueso.»

CLAU. Bueno, mamá, que yo quiero ver a Segundo.

JULIA Primero hay que contar con la aquiescencia del doctor facultativo.

GUZ. No hay en ello inconveniente. Voy por él. Ya verán ustedes cómo se ha quedado. Parece un imbécil. Con su permiso. (Haciendo mutis por la derecha.) (¡Caballeros, qué señora y qué niña!) (Vase.)

CLAU. Es muy simpático este doctor.

JULIA Por Dios, Claudia, no empieces, que te conozco.

CLAU. No temas, estoy enamoradísima de Segundo.

JULIA Te advierto que hace tiempo me daba a mí en la nariz que ese pobre muchacho perdería la memoria del todo.

CLAU. Pues nunca me habías dicho nada.

JULIA Por no apesadumbrarte. Conozco tu temperamento desde lo de Rodríguez hasta lo de Fernández que estuviste cataléptica, y ¿para qué dramas?

CLAU. Bueno, ¿pero en qué te fundas?...

JULIA En que hace un año me ofreció el Marqués un abanico de marfil y nácar que había sido de su abuela, pero pasaron los meses y llegó el verano y nada. Por más que yo le decía: «¡qué bochorno! y ¡qué asfixia!», no se daba por entendido y lo que hacía es enfocarme el ventilador a pique de agarrar una pleuresía, pero del abanico, ni memoria. Comprenderás que es un dato.

CLAU. Sí; ya debía estar enfermo.

JULIA Aquí viene.

CLAU. ¡Dios mío!

JULIA Entereza, Claudia.

CLAU. Tengo el corazón que es un acróbata.

(Entran en escena por la derecha SEGUNDO y GUZMAN. Segundo hace a las señoras una reverenciosa inclinación.)

JULIA No nos conoce.

SEG. (A Guzmán.) Oiga usted, Conde, ¿quiénes son estas damas.

JULIA ¡Dios mío! (Gimotea Claudia.) ¿Pero no nos recuerdas, Segundo? ¡Somos nosotras, Julieta Saltillo y Claudia Romero, tu prometida!...

(Segundo vuelve a saludar reverencioso.)

CLAU. ¡Qué pena! ¡Pobre Segundo!

JULIA (A Guzmán.) Tenía usted razón. En su rostro tiene dibujada la idiotez del pato.

SEG. Tomen ustedes... Tomen ustedes...

JULIA ¿Qué nos va a dar?

SEG. Tomen ustedes... asiento.

(Se sientan.)

JULIA (A Claudia.) Pero, ¿de qué le vamos a hablar si no se acuerda de nada?

SEG. Mil perdones, señora, ¿estamos en mi casa o estoy en casa de usted?

JULIA Estás en tu casa, Segundo. ¿Pero no te acuerdas de tu prometida? Mírala, es ésta.

CLAU. Sí, y ésta es mi madre.

SEG ¡Su madre!... (Suena un timbre dentro.) (¿Quién será? Estoy sobre ascuas.)

DOM. (Por la izquierda. A Macías.) Este caballero desea pasar a ver al señorito. (Le da una tarjeta.)

GUZ. (Leyendo.) Ramiro Teruel.

SEG (¡El de Soria!)

GUZ. (A Domingo.) Que pase. (Mutis de Domingo.) (No le va a gustar el encontrarse aquí conmigo.)

RAM. (Entrando por la izquierda. Es un señor de cincuenta años.) Buenas tardes. (Al ver a Guzmán.) ¡Cómo! ¿Usted aquí? (Le estrecha la mano.)

GUZ. He venido a Madrid para un asunto particular, y aquí me retiene la inesperada enfermedad de este amigo de la niñez.

RAM. Pero, hombre, qué atrocidad: de modo que por un ligero escape de gas ha estado a punto de perecer y ha perdido la memoria, ¿eh?

GUZ. Así es, en efecto.

RAM. Caramba, caramba... Y no se acuerda de nada, ¿eh?

GUZ. Ní de nadie.

RAM Caramba, caramba... Entonces, no recordará que a mí me pidió hace dos días cincuenta mil pesetas en... en una casa de Banca.

GUZ. Pruebe usted a ver..

RAM. (Muy efusivo.) ¡Marqués!... ¡Querido Marqués!... Caramba, caramba...

(Segundo, muy serio, le saluda con una inclinación de cabeza.)

GUZ. No se canse usted, don Ramiro, es inútil. Ya ve usted; no le reconoce. Es un caso de amnesia, sólo comparable con el de su hija de usted.

RAM. Caramba, caramba... ¿Y no cree usted que una emoción, un recuerdo vivo, una costumbre inveterada, podría resucitar de pronto su memoria...

GUZ. Quizás. A veces suele dar buenos resultados.

RAM. Con permiso. (Paseando por detrás de Segundo y

en alta voz.) ¡Hagan juego, señores!... ¡Se talla un millón de pesetas!...

SEG. (Sin inmutarse.) (Como si tallasen las minas del Transwal.)

RAM. ¡Encarnado gana, color pierde!... Usted gana Marqués: ahí van trescientas mil pesetas.

CLAU. (A Julia.) ¿Por qué dirá esas tonterías, mamá?

JULIA Yo creo que debe estar algo perturbado.

RAM. Nada, no es por aquí. (A Guzmán.) Oiga, doctor, cree usted que una emoción fortísima... ¿eh?

GUZ. ¡Quién sabe! ¡Acaso!...

RAM Muy buenas tardes... Hasta luego. (Se va por la izquierda.)

SEG (Ese no me deja hasta que yo recite de corrido *La vida es sueño.)*

JULIA ¿Pero quién es ese caballero tan excéntrico?

GUZ. Un señor un poco monomaniático, pero que en el fondo es un niño. Ahora le da por jugar.

CLAU. ¡Jesús!

GUZ. Bueno, señora, con su permiso, voy a llevar al Marqués a su habitación. Vamos, Segundo. (Se pone de pie e inician el mutis lentamente por le derecha.)

RAM. (Dentro, gritando.) ¡Socorro! (Todos se sobresaltan. Entrando como un rayo.) ¡Fuego!... ¡Fuego... (Segundo hace mutis por la derecha, dándose con los talones en el hueso dulce; Guzmán le sigue más que de prisa. Doña Julia y Claudia lanzan un grito y se van corriendo tras ellos.) ¡Caracoles, cómo corría el desmemoriado! Por lo menos se acuerda de que el fuego quema y eso es un tanto para su curación. Volveré luego. Yo le doy un susto que recobra la memoria o se muere. (Mira el reloj.) Voy a ver si me paga el Conde de Siete Picos, el último pico que me debe. (Al hacer mutis por la izquierda casi tropieza con DON PRIMO DEL CASTILLO, que entra en escena en ese momento. Se hacen una reverencia.) ¿Señor mío?

PRIMO ¿Caballero?

RAM. Beso a usted la mano.

PRIMO Le imito, señor. (Vase Ramiro. Este don Primo del Castillo es un sinvergüenza en toda la extensión

de la palabra. Frisa en los cincuenta años y tiene una pinta graciosísima. Es rubio encendido, con su calvita. Viste con elegantes desechos y hay en su persona cierto empaque de distinción. Trae dos maletas en bastante mal uso. Echa una ojeada, deja las maletas y dice sonriente:) Nadie... Nadie se imagina el papel que voy a representar en esta ilustre y confortable casa de los Bravos de Chacota. Estaba yo a la puerta del Aero-Club, hablando con el sinvergüenza de Pepe España, cuando de pronto sale Paco Reyes el grupier, y nos dice: «El marqués de Sierra Nevada, a resultas de un intento de suicidio, ha perdido la memoria. Figuraos qué espanto: un hombre, sólo, sin familia... a merced de los criados y sin acordarse de nada...» Oir yo esto y cruzar por mi mente una idea co... juelesca fué todo uno, y tras un «que sigais buenos», salí por el arroyo. Llegué en dos segundos a la casa de viajeros donde habito, en unión de unos cuantos toreros de invierno, me colé en el cuarto del Boquitas de la Isla, me apoderé de estos dos engorros (Por las maletas.) y grité a la pupilera: —«Doña Verónica; me voy con dos maletas: no me esperen a dormir.» Porque es lo que yo he pensado: Sierra Nevada sin familia, sin parientes y sin memoria; yo sin dinero, sin esperanzas de comer y sin vergüenza... ¿No puedo yo ser tío del Marqués y venir de Filipinas, donde he residido veintiocho años y creerlo aquí todo el mundo como el Evangelio? El que me tiene que conocer no me conoce, de manera que... si yo no engordo aquí catorce o quince kilos es que definitivamente no soy de engordar. Porque yo soy Primo de nombre, pero en la acepción del imbécil, no. Bueno, esta casa me parece demasiado solariega. Y no me atrevo a gritar: ¡Bravo!... ¡Bravo!.. no crean que vengo a hacer una ovación. Sin embargo, daré señales de vida. (Gritando.) ¡Sobrino!... ¡Sobrino!...

DOM. (Por el foro.) Caballero...

PRIMO ¿Dónde está ese pillete?

DOM. ¿Por quién pregunta el señor?

PRIMO Por mi sobrino. ¿No es esta la casa del Marqués de Sierra Nevada? ¿No está en ella el Marqués, según me han dicho abajo?

DOM. Sí, señor.

PRIMO Pues corra usted, hombre de Dios, y dígale que está aquí don Primo, su tío, el tío Primo.

DOM. Caballero, usted ignora por lo visto que el señor Marqués...

PRIMO (Alarmado.) ¿Eh? ¿Qué? ¿Le ocurre algo? ¡Dios mío!

DOM. No se alarme el señor. La desgracia es inmensa, pero...

PRIMO ¡Hable!... ¡Hable, por la Virgen Santa! Soy hombre y tengo entereza. ¡Hable!

DOM. Nada, que el señor Marqués, a resultas de un accidente, acaba de perder la memoria.

PRIMO ¡Gran Dios!

DOM. No se acuerda de nada ni de nadie.

PRIMO ¡Qué horror! No hay dolor como el mío. Después de veintiocho años de ausencia regresar a España hambriento de cariño y encontrarme con que mi único pariente no se acuerda de mí. Es para volverse loco. ¡Ah! Pero quiero verle, sí; quiero verle.

DOM. Avisaré al señor Doctor y a la futura familia política del señor Marqués.

PRIMO Sí; avíseles. ¡Qué catástrofe! ¡Pobre Segundo! (Medio mutis de Domingo.) ¡Ah! Joven. (Domingo se detiene.) Coloque estas maletas en el cuarto que se me destine.

DOM. Sí, señor. (Cogiendo las maletas.) (¿De dónde vendrá este tío del señorito con esta pinta?) (Hace mutis por la derecha llevándose las maletas.)

PRIMO Demonio, este socio se iba a casar. Sí; ahora recuerdo que lo leí en *El Parlamentario*. Bueno; tantearé a la futura familia y me haré con ella, porque no deben andar descalzas. ¡Pupila, Primo!

JULIA (Dentro.) ¿Le ha mandado usted pasar?

DOM. (Idem.) Sí, señora.

JULIA (Por la derecha.) Caballero...

PRIMO ¿Señora mía?...

JULIA Perdone no se le haya atendido como cumplía a su consanguíneo parentesco con el

Marqués, pero da la pícara casualidad que el doctor Macías le está aplicando unas compresas de agua fría para reponerlo de un susto que le y nos han dado hace un instante. Yo estoy también que tengo el corazón trepidante como una motocicleta. Tenga la bondad de sentarse.

PRIMO — Gracias. (Sentándose.) (Esta cursi es mía.) Señora, no me salen las palabras de la glotis, porque la impresión que me ha producido la trágica nueva de la desmemoriz de mi sobrino, ha sido como para diñarla... El vocablo es del arroyo, pero es gráfico como *La Esfera.*

JULIA — ¿Ha visto usted qué insólita catástrofe?

PRIMO — Insólita y apabullante; pero siempre hay que dar gracias al Todopoderoso, porque mi llegada a esta casa en estos momentos puede ser para ese pobre chico de una providencialidad casi milagrosa. Parece que un ángel me dijo en Mindanao: «Corre abordo y zarpa, Primo, que tu presencia en Madrid es tan urgente como preciosa.»

JULIA — De modo que viene usted de Mindanao.

PRIMO — Allí tiene usted una casa de cañas para si gusta domiciliarse, porque no me avergüenzo de decirlo, señora; vengo con lo puesto, y lo puesto, por supuesto, deja bastante que desear. Porque en Mindanao monté una fábrica de objetos de marfil, que fué un mal negocio. Y entonces me trasladé a Ilo-Ilo y construí una gran fábrica de tejidos de seda, pero tuve la mala ocurrencia de exportar los géneros, anunciando, «tejidos de Ilo-Ilo», y claro está, nadie creía que eran de sada, y me arruiné.

JULIA — Debe usted haber sido muy desgraciado. (Suspirando) Tan desgraciado como Segundo.

PRIMO — ¡Cómo! ¿Mi sobrino acaso?...

JULIA — Caballero, usted como tío debe saberlo todo. El pobre Marqués ignoraba que yo conocía su situación financiera, pero... está también completamente arruinado. Debe hasta los mondaurientes.

PRIMO — ¡Qué espanto!

JULIA — Por eso ha atentado contra su vida.

PRIMO ¡Ah! De modo que... ¡Claro! Ahora me explico... ¡Pobre sobrino! ¡Qué desgracia tan grande! ¿Dónde habrán puesto mis maletas?... (Levantándose.) Porque, ya que no puedo remediar su situación volveré a Mindanao. ¿A qué pasar el mal rato de verle?... Con su permiso voy a pedir el equipaje.

JULIA ¡Cómo! ¿pero se va usted a marchar haciendo aquí tantísima falta?

PRIMO ¿Falta?

JULIA Caballero, le suplico que me escuche un momento.

PRIMO Con alma y vida, pero le agradecería que me mandase preparar una tortilla o unos bocadillos porque estoy que esta habitación se me antoja un carrusel.

JULIA (Llamando.) ¡Claudia!

CLAU. (Por la derecha.) Mamá.

JULIA Dí al criado que avise por teléfono a cualquier café y que traigan un cubierto de diez pesetas.

PRIMO El vino aparte, señorita.

CLAU. Está bien. (Mutis por el foro.)

PRIMO Señora, brutalmente agradecido a esa orgía pantagruélica. (Se sienta.)

JULIA Ahora, escúcheme usted.

PRIMO Soy un carrara.

JULIA Segundo Bravo de Chacota, es el prometido de mi hija, de la que esta enamoradísimo, pero como es un perfecto caballero y veía venir la bancarrota, comenzó a poner obstáculos a esta unión por nosotras tan deseada. Esto lo he observado yo en silencio, porque una está ya algo baqueteada y conoce la vida.

PRIMO Por lo que he podido advertir, tiene usted en cada ojo una lupa; continúe.

JULIA Mi hija nada sospecha y adora al Marqués con un frenesí de novela de don Honorato de Balzac.

PRIMO Debe ser una muchacha toda lava.

JULIA Yo conozco bien al Marqués y sé que en punto a dignidad puede competir con los caballeros de la tabla redonda y que antes que aceptar una dádiva de manos femeninas se hundiría una daga en el pecho.

PRIMO Es como yo, señora.

JULIA Pues bien, caballero, usted puede salvarle.

PRIMO ¿Yo, señora? Mi imaginación un poco gastada por los mundanos traqueteos no acierta a comprender...

JULIA Pues es sencillo como una aldeana. El Marqués, acaso no tenga ni aún para atender a los gastos de su curación; usted, según acaba de manifestarme, está si no en las últimas, en las penúltimas.

PRIMO En las últimas, señora.

JULIA Pues bien. Mis acciones del Banco, mi deuda perpétua cnatro por ciento interior, mis amortizables y mis Madrices, Zaragozas y Alicanteses, amén de mis inmuebles y raíces, están a la disposición de usted.

PRIMO ¡¡Rebahüer, señora!! Pero...

JULIA Lo que no puedo hacer por mí misma, porque el Marqués no lo admitiría nunca, puedo hacerlo por conducto de usted sin que la sociedad murmure. Usted no vuelve pobre de Mindanao, usted vuelve rico, muy rico, y puede pagar las deudas del Marqués y costear su curación y rodearle de las más exquisitas comodidades. Ahora bien, exijo su palabra de caballero de que nadie sabrá nada de esto.

PRIMO (Poniéndose de pie, electrizado.) Gran señora, no creí que existiesen ángeles en la tierra, pero yo ante la evidencia me rindo. Es usted un ángel. En cuanto a mi silencio, antes que un servidor, hablaría una de esas antiguas cornucopias.

JULIA ¿De modo que acepta usted?

PRIMO Y conmovido, emocionado.

JULIA Pues aquí tiene usted unos miles de pesetas para los primeros gastos. Mañana le abriré en el Banco una cuenta corriente.

PRIMO Corriente, señora, corriente.

CLAU. (Por el fondo.) Caballero, en seguida traerán el almuerzo.

JULIA Claudia, desde este momento puedes llamar tío a este señor, puesto que lo es del Marqués.

PRIMO Yo tendré sumo honor en oirme llamar con tan grato nombre.

CLAU (Secándose una lágrima.) ¡Ay, tío, soy muy desgraciada!

JULIA Segundo viene con el doctor. Silencio.

PRIMO No sé si al verle podré contenerme...

(Entran por la derecha SEGUNDO y GUZMÁN.)

GUZ. Siéntate, Segundo. (Aparte al Marqués.) Escucha, ¿quién es ese tipo?

SEG. (Idem.) No sé, algún acreedor.

PRIMO (Conmovido.) No me conoce: no me conoce.

GUZ. (Aparte a Segundo.) Oye, ¿le conoces?

SEG. (Idem.) Yo no. ¿No oyes que dice que no le conozco?

PRIMO (Abrazando a Segundo y llorando.) ¡Sobrino de mi alma!... ¡Segundo de mi corazón!...

SEG. (Apartándole.) Caballero...

PRIMO (Desconsolado.) ¡Ah! ¡Me apartas!... ¡Qué desgraciado eres, sin recordar nada, borrado todo, como si te hubieran pasado una goma Faber por el cerebro!... (Llora.)

GUZ. Pero, cómo, ¿usted es?...

PRIMO El tío Primo, que después de veintiocho años en Mindanao vuelve a España para llorar esta desgracia.

GUZ. ¿Es usted tío del Marqués?

PRIMO Tío carnal. (Llora.)

SEG. ¿Quién es este caballero que llora?

GUZ. Tu tío, el de Mindanao; tu tío carnal.

(Segundo le mira estupefacto.)

PRIMO Nada, no me conoce; no me eonoce.

(Se sienta en una butaca, hunde la cabeza entre las manos y llora. Claudia y Julia acuden a él y le consuelan.)

GUZ. (Aparte a Segundo.) Oye, ¿de verdad no te acuerdas de este tío?

SEG. Yo no; mi madre fué hija única, y mi padre no tuvo más que un hermano que murió del garrotillo.

GUZ. Segundo, haz memoria porque la congoja de ese hombre, es de tío carnal.

SEG. Te juro que no tengo ningún tío.

GUZ. Mira que se ha llevado veintiocho años en Mindanao; recuerda, Segundo.

SEG. Que no, hombre, si lo sabré yo. Ese sujeto es un granuja que viene aquí sabe Dios a qué.

GUZ. ¿Un granuja? Espera. (Se separa del Marqués.)

PRIMO (Levantándose.) Señores, un momento. Tengo que hablar a solas con el doctor y con mi sobrino. (Cambia una mirada de inteligencia con doña Julia.) Perdón.

JULIA Aguardaremos en el saloncito amarillo mientras. Vamos, Claudia.

(Mutis por la derecha. Primo cierra la puerta con mucho misterio y adelanta como lo haría D. Fernando el Católico cuando la toma de Granada.)

PRIMO Doctor; puesto que mi sobrino es un leño, podemos hablar como buenos amigos. Tome usted asiento. (Se sientan.)

GUZ. Usted dirá.

PRIMO Acabo de llegar de Mindanao donde he residido veintiocho años y volvía loco de júbilo para acabar los días que me restan al lado de este mi sobrino, último miembro de mi nobilísima familia. He trabajado mucho y venía con un capital fabuloso para arrojarlo a los pies de mi sobrino diciéndole: triunfa, gasta, derrocha, dilapida, no me importa, tú eres joven y debes dar a tus nobles escudos el brillo a que son acreedores... (Vuelve a llorar.)

GUZ. (Aparte a Segundo.) Haz memoria, Segundo; este hombre es tío tuyo.

SEG. (Recordando.) Espera... Nada, que no me acuerdo. ¡Si empezaré a perder la memoria de verdad!

PRIMO (Secándose las lágrimas.) Puesto que así me lo encuentro, doctor, pongo a su disposición toda mi fortuna. Curémelo, y le juro que no le pesará.

GUZ. (Aparte a Segundo.) Insisto en que es tío tuyo.

SEG. (¿Pero cómo no me habrán hablado nunca de este tío que se fué a Mindanao?) (Voces fuertes dentro.) ¿Qué pasa?

GUZ. No sé; tranquilízate. (Aparte.) Que la ibas a introducir.

DOM. (Por la izquierda.) Señor doctor; ahí está un tío dando gritos y diciendo que si no le abona el señor Marqués una cuenta le arregla el cerebro de un estacazo.

PRIMO ¿Trae la factura?

DOM. Aquí está. (Se la da.)

PRIMO (Examinándola.) El Pámpano: restaurant. Ca-

rretera de Aravaca... Vamos a ver. Veintidós cubiertos a cinco pesetas. Once botellas de champagne... Ocho de cognac... Rotura de porcelana y cristalería durante la disputa... trescientas... Dos frascos de éter para síncopes de señoritas... Propina manubrio... Total, ochocientas cuatro con cincuenta... Bueno, una juerguecita con grecas de catástrofe. Muy bien. Esto me agrada. El es joven y puede dilapidar, que aquí estoy yo para responder incluso de una orgía pagana. (Tirando de cartera.) Toma, joven. (A Domingo) Ahí van mil pesetas, cambie usted, entregue al portador de esta factura ochocientas cuatro con cincuenta y le da cincuenta más de propina.

(Domingo toma el billete, le hace una reverencia que se esquirla la vertebral y hace mutis por la izquierda.)

GUZ. (Aparte a Segundo.) ¿Qué me dices ahora?

SEG. Que este hombre es mi tío, ¿pero cómo no me han hablado nunca de él?

PRIMO Querido doctor; la curación de mi sobrino urge y como el tiempo es oro, que dicen los albiones, debemos determinar sobre la marcha. Desde luego yo corro con todo y nada de escatimar. Es preciso que cure aunque me cueste un millón de duros; eso no es nada para mí.

SEG. (Yo creo que sueño y hasta ronco.)

GUZ. Sería conveniente que para determinar oyéramos también el parecer de esas señoras...

PRIMO No me opongo. Puede usted avisarlas. (Guzmán hace mutis por la derecha. Primo se acerca a Segundo, le mira detenidamente y dice separándose de el.) ¡Pobrecillo! Es un idiota.

SEG. (Si me dicen que alguien iba a llamarme idiota sin saltarle yo un ojo, suelto una carcajada de alienado.)

GUZ. (Por la derecha con Claudia y Julia.) Sí, señora; vamos a celebrar un ligerísimo consejo de familia.

PRIMO Es necesario.

DOM. (Por la izquierda.) Señor.

PRIMO (Enérgico.) No nos importune. Vamos a tratar de cuestiones muy serias. Cierre esa puerta y que no pase nadie.

DOM. Es que han traido del café un cubierto...

PRIMO (Cambiando de tono.) ¡Ah! Es el cubierto: eso es otra cosa. Sírvamelo aquí. Todo se puede compaginar. (Se va Domingo.) Nada, que el viaje.. La prisa por ver a Segundo... No tomo nada desde Alcázar... Ya ustedes se harán cargo.

JULIA ¡Por Dios! ¿Va usted a disculparse?

GUZ. No faltaría más. (Primo se sienta ante la mesa de despacho. Entra Domingo con una gran bandeja con el almuerzo y lo coloca sobre la mesa.)

PRIMO Bien: retírese. (Examinando las viandas.) Sopa, merluza en salsa, riñones, judías verdes y entrecotte con ensalada... Lo de siempre. (Prendiéndose la servilleta.) Bueno, tiene usted la palabra, doctor. (Sirviéndose la sopa.) Con el permiso de ustedes (Come.)

GUZ. Pues yo insisto en lo que antes he dicho a éstas señoras, que creo lo más conveniente que esta misma noche salgamos para el sanatorio que ha establecido en el Alto Pirineo el doctor Ricordi, mi maestro.

PRIMO De acuerdo. Voy a repetir de esta sémola. (Vuelve a servirse otro poco.)

GUZ. Aquí no disponemos de los medios de curación que empleamos en el Sanatorio, de manera que vuelvo a repetir, que el traslado del marqués es tan urgente como necesario.

PRIMO (Sirviéndose sopa por tercera vez.) Y yo vuelvo a repetir que de acuerdo.

GUZ. Muy bien; entonces sólo resta ocuparse del equipaje del marqués.

JULIA Nosotras nos encargaremos de ello. Anda, Claudia, vé al armario de tu prometido y separa la ropa exterior que creas necesaria; ya conoces sus gustos. Yo me ocuparé de lo demás.

CLAU. (Suspirando.) Voy, mamá. (Hace mutis por el foro.)

JULIA Pediré al criado unas maletas. (Se va por la derecha.)

PRIMO Yo saldré luego a comprar unas cosillas que necesito y al Sanatorio, al Sanatorio.

GUZ. Sí; es lo mejor.

PRIMO En *sliping*, ¿eh?

RAM. (Por la izquierda.) Muy buenas tardes.

SEG. (¡Otra vez!)

PRIMO Buenas tardes.

RAM. ¿Que cómo sigue el desmemoriado?

GUZ. Bastante mal, amigo mío. Veremos si en el Sanatorio se consigue...

RAM. ¡Hola! ¿Lo piensa usted llevar allí?

GUZ. Sí, señor; su tío, aquí presente, así lo ha determinado.

RAM. ¡Caramba! ¿Es usted su tío?

PRIMO Para servir a usted, caballero. Y en su curación no he de escatimar nada. Afortunadamente soy millonario.

RAM. Mucho gusto en conocerle... Pues yo celebraré con el alma que su sobrino cure muy pronto; primero, por él y segundo, porque vamos, no debía hablar de ello, porque es una mezquindad, una pequeñez, una insignificancia, pero, vamos, me adeuda un piquillo, ¿sabe usted?

PRIMO ¿Una mezquindad? Caballero, cuarenta céntimos que fuesen, son para mí respetabilísimos. La casa de los Bravos de Chacota se desplomaría de vergüenza al saber que estaban en el aire esos cuatro perros.

RAM. Es usted un perfectísimo caballero.

PRIMO Tenga usted la bondad de decirme a cuánto asciende esa deuda grotesca.

RAM. Nada; se va usted a reir. Cincuenta mil pesetas.

PRIMO (¡Remerluza!) (Riendo a carcajadas.) Hombre de Dios, yo creí que era alguna cantidad medio respetable, pero, ¿eso? (Vuelve a reir.) Nada, déjeme sus señas y esta tarde o mañana temprano tendré el gusto de enviárselas. (Segundo y Guzmán se miran asombrados.)

RAM. Muchísimas gracias. (Este hombre es un Creso.) Aquí tiene mi tarjeta.

PRIMO Muy bien.

RAM. ¿Señores? (A Primo.) ¿Señor mío?...

PRIMO Ciento cincuenta mil, ¿no?

RAM. Cincuenta mil nada más.

PRIMO Era lo mismo. Adiós.

RAM. Adiós. (Haciendo mutis por la izquierda.) Esto es un tío. (Vase.)

PRIMO (¡Cincuenta mil pesetas! ¡Como no las dibuje!...) (Sigue comiendo.)

GUZ. (Aparte a Segundo.) Chico, ¿has oído? Un Creso.

SEG. Pero un Creso de verdad.

GUZ. Que es tu tío, Segundo.

SEG. Ya lo creo y no sé de qué medio valerme para darle un abrazo.

JULIA (Por la derecha, con una maleta.) Oiga usted, doctor, ¿hace frío en los Pirineos?

GUZ. Fresco, señora.

CLAU. (Por el foro con un puñado de retratos y muy excitada.) ¡Mamá! ¡Mamaíta!...

JULIA ¿Eh? ¿Qué te acontece, Claudia?

CLAU. Mira, Segundo me engañaba. He hallado en su armario más de cien retratos de una misma mujer.

JULIA (Examinándolos.) Sí, la misma y la misma fotografía.. ¡Bah!

GUZ. (Aparte al Marqués.) ¿Quién es?

SEG. El retrato de ella, de mi visión, de mi locura...

JULIA Esto no tiene importancia, hija mía. Alguna aventura galante de hombre soltero.

PRIMO Sin duda. ¿A ver? (Julia le da una fotografía.) ¡Revenecia! ¡Artística góndola y estupenda dama!

GUZ. (Hombre, tengo curiosidad por conocer...)

CLAU. (Golpeando un retrato.) Esta es una rival. ¡Una rival! Me lo dice a gritos el corazón.

GUZ. ¿Me permite usted, señorita? (Toma el retrato.) ¡Clara Teruel! ¡Mi prometida! Y tengo que llevarle al Sanatorio. Ahora sí que la hemos hecho. (Da con el puño en la bandeja, que cae al suelo con todos los platos y un «Plun Kake».)

PRIMO Me ha chafado el «Plun Kake.» (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín, especie de patio, que separa los dos edificios que integran el sanatorio del doctor Ricordi. En el lateral Izquierda y ocupando el primero y segundo términos, suntuosa fachada con amplia puerta y hall de cristales. En el lateral derecha fachada de construcción distinta, pero también suntuosa y con su puerta correspondiente. En el foro terraza con balaustrada de mármol. Se supone que el sanatorio está construído sobre una elevada meseta. El telón de fondo ofrecerá una hermosa perspectiva de los Pirineos, con picachos de elevadísima altura, cubiertos de nieve. Habrá en escena mesas de mármol con periódicos y revistas, algunos bancos y butacas y sillas propios del lugar, pero de un gusto exquisito. Es de dla.

(Al levantarse el telón están en escena BRIGIDA, COSME y RODOLFO. Brígida es una elegante señora; está sentada en primer término. Cosme es un respetable señor que ante una mesita lee la «Correspondencia de España». Rodolfo es un camarero que pone en orden mesas y sillas.)

BRÍG. (A Rodolfo.) Oiga, López.

ROD. Mande la señora.

BRÍG. Que me sirvan el desayuno.

ROD. Recuerde la señora que el desayuno se le ha servido en su cuarto a las ocho en punto.

BRÍG. ¡Ah! ¿Entonces he desayunado ya?

ROD. Sí, señora.

BRÍG. ¿Qué tomé, Gutiérrez?

ROD. Lo de todos los días: un tazón de chocolate con doce picatostes.

BRÍG. ¡Ya!

ROD. Ahora, que si la señora desea tomar algo, es distinto; puede pedir la señora lo que guste.

BRÍG. No. Por más que .. Sí. Mire, García, que me sirvan el desayuno. Que lo lleven a mi cuarto; allí espero. (Se dirige hacia la derecha.)

ROD. Señora.

BRÍG. ¿Eh?

ROD. Si va usted a su cuarto... Es por aquí. (Indicandole el lateral izquierda.) La señora se iba a los billares.

BRÍG. Es verdad. Muchas gracias, Martínez. (Se va por la izquierda.)

ROD. Yo dejo a esta pobre desmemoriada que me llame como quiera, porque si le digo que me apellido Mendingundinchea, la torturo el cráneo inútilmente.

COSME (A Rodolfo.) Oiga usted, Mendizábal.

ROD. Va, señor. (Otro amnésico.) (Se acerca.)

COSME ¿Leyó usted ayer el folletín de la *Correspondencia?*

ROD. Sí, señor.

COSME ¿Recuerda usted la última palabra?

ROD. No, señor; en este momento...

COSME Porque empieza el folletín de hoy diciendo «cantó el vagabundo» y yo tengo interés por saber quién cantó el vagabundo en el siglo XVII.

ROD. Espere el señor (Busca en la mesa.) Aquí está la *Correspondencia* de ayer.

COSME A ver, hombre, a ver.

ROD. (Leyendo.) «Los hijos del Conde Orgaz. Continuación...» Veamos el final. (Lee.) «No lo niego, querido Potonier, repuso el Cardenal Richelieu, sonriendo afablemente; pero a través de los andrajos de aquél pordiosero yo adiviné al hombre distinguido; por eso sin duda me en... Se continuará.» Y ahí dice: «Cantó el vagabundo»; pues ya está: es que le encantó, no que le cantó.

COSME Muy bien, Macías. Ya decía yo que no era posible.

ROD. ¿Manda algo más el señor?

COSME Oiga, ¿cuándo tocan para merendar?

ROD. Si no se ha almorzado todavía, señor.

COSME ¿Ah, no? Claro, ya decía yo: ¡qué pronto he hecho la digestión esta tarde! (Levantándose, poniéndose el sombrero y guardándose la «Correspondencia de España».) Bueno, voy a mi cuarto a recoger el sombrero y dando un paseíto me llegaré hasta el pueblo para comprar la *Correspondencia* de hoy. Estoy intrigado por saber quién cantó el vagabundo. Adiós, Richelieu .(Mutis por la izquierda.)

ROD. Páselo usted bien, señor. (Viéndole ir con lástima.) ¡Pobre gente! Para que luego digan que la memoria es una cosa baladí. Y lo peor es que está uno esclavizado en este sanatorio y al remate cura un amnésico y apenas si le da a uno propina, porque como no se acuerda de lo que ha hecho uno por él... (Al ver a don Primo que sale por la puerta de la derecha.) (Otro desmemoriado. Este es el que llegó anoche con el doctor Macías y no sé con quién más. ¡Desgraciado!) (Continúa arreglando mesas, sillas y periódicos.)

PRIMO (Vestido con suma elegancia y fumándose un buen tabaco.) ¡Precioso!... Pero lo que se dice precioso Claro, como llegamos ya de noche, no pude hacerme cargo de esta magnificencia pirenáica. ¿Qué hora será? (Sonríe.) Nunca me acuerdo de que tengo reloj. Y que es una memez de longines. (Saca el reloj y se lo aplica al oído.) ¡Tiene un golpe!... Al desnudarme tiré el chaleco de cualquier manera y... menos mal que no se le nota mucho. Bueno, las once. Se me han pegado las sábanas. (Bosteza.) Y tengo un hambre canina, que es un espanto. (Viendo a Rodolfo.) ¡Hombre, un camarero! Me las echaré de fino. (Llamando.) ¿Garsón?

ROD. ¿Señor?

PRIMO ¿A qué hora se desayuna en este Paraíso?

ROD. (¡Infeliz!) Pues verá el señor: al señor le han servido el desayuno en su cuarto a las ocho de la mañana.

PRIMO ¿A mí?

ROD. Al señor: tazón de chocolate y doce picatostes.

PRIMO Pero, camarero, ¿usted sabe lo que se dice?

ROD. Sí, señor, perfectamente.

PRIMO ¿A mí un tazón de chocolate con doce picatostes a las ocho?

ROD. El señor estaría adormilado y, claro, no recuerda...

PRIMO Mire usted... sonriente garson; a mí me sirve usted hoy cuarto kilo de magdalenas y dentro de treinta y cinco años le digo a usted las magdalenas que entraron en el cuarto. Es más. A mí, estando dormido completamente me da usted una copita de Jerez con pistero, y me espabilo y le doy las gracias.

ROD. No lo pongo en duda, señor.

PRIMO Ande, ande, sírvame rápidamente eso del picatosteo y el tazón de la deliciosa mezcla del cacao y el azúcar. Aquí le aguardo.

ROD. En el acto, señor. (¡Pobrecillo! Cree que no ha desayunado. Menos mal que dentro de un minuto no se acuerda ni de que me ha visto. (Se va por la derecha.)

PRIMO (Que se ha repantigado en una butaca.) El hombre, como la tierra, tiene dos movimientos, uno de rotación y otro de traslación. Si a mí me dice un amigo hace cuatro días que iba a encontrarme hoy jueves con esta indumentaria, con este caruncho y a dos mil cuatrocientos métros sobre el nivel de la calle de Alcalá, llevo al amigo a que le den el amoniaco.

(Por la derecha entran en escena RICORDI y MANTTON. El primero es un respetabilísimo señor de sesenta años, con luenga barba y melena blanca rizosa. El segundo es mas joven y hombre de facciones algo duras.)

RIC. Nada, doctor Mantton, estoy encantado de sus procedimientos curativos. (Al ver a Primo.) ¡Oh! Señor del Castillo. ¿Se ha descansado? (Saludos.)

PRIMO Sí, señor; muchas gracias.

RIC. El primer día, como el viaje es tan largo y tan molesto, no se extraña la cama.

PRIMO ¡Oh! Pues yo la he extrañado bastante, sí, señor. Es comodísima.

RIC. (Presentando.) El doctor Mantton. Una verdadera eminencia. El señor Castillo.

PRIMO (Estrechándole la mano.) Me prosterno gustosísi-

mo. Yo, ante los pozos de ciencia, arqueo mi columna hasta esquirlarla.

MAN. ¡Oh!... (Este Castillo es muy pintoresco,)

RIC. Siéntense. (Se sienta.) Querrán ustedes tomar algo, ¿no? Algún aperitivo...

MAN. Sí: un vermut.

PRIMO No está mal pensado; otro vermut.

RIC. (Llamando hacia la derecha.) ¡Oiga!...

ROD. (Entrando en escena.) ¡Señor!

RIC. Tres vermuts.

PRIMO (A Rodolfo.) Garson.

ROD. ¿Señor?

PRIMO Aumente para el tazón de chocolate otra docenita de picatostes, porque con esto del vermut...

ROD. Muy bien, señor. (¡Estás fresco!) (Mutis por la izquierda. Al poco tiempo vuelve a salir y sirve los vermuts.)

RIC. ¿Y qué me dice usted del establecimiento?

PRIMO ¡Oh! Estoy entusiasmado. No tengo ni idea de lo que fué el Paraíso, pero si era similar a esta grandiosura, comprendo el espantoso disgusto de Adan y Eva cuando les dijo el ángel mandatario: «tengan la bondad de retirarse.»

MAN. (Riendo.) ¡Qué detallista!

RIC. Y eso que aun no ha visitado usted estos alrededores. ¡Oh! Hay panoramas que estupefactan.

PRIMO Aquel pico nevado que se difumina entre las nubes parece una ilustración de Gustavo Doré.

MAN. Es bellísimo, sí, señor, pero inaccesible. Hay allí una temperatura de veintitrés bajo cero.

PRIMO Me gustaría subir hasta la misma punta.

RIC. ¡Por Dios!

PRIMO A mí las bajas temperaturas me deleitan.

RIC. Pues a aquel picacho no sube usted ni metido dentro de un chubeski. El año pasado un suizo y un inglés apostaron mil libras con unos amigos a que subían a lo más alto a tomar un chocolate y... no han vuelto.

PRIMO Está visto que los ingleses son originales como el pecado. Hace falta humor para subir hasta esa altura nada más que para tomarse un chocolate con un suizo.

RIC. Extravagancias.

MAN. Y no tener que pensar en nada hondo.

PRIMO Es que si piensa en algo hondo no sube tan alto.

MAN. Pues quizá utilice yo ese picacho como elemento curativo, querido Ricordi.

RIC. Usted lo utiliza todo.

MAN. Sí, señor, todo. Cuando menos se piensa... nada se ocurre, por eso yo pienso siempre y pienso en todo, y el enfermo que se encuentra de improviso completamente curado, se alegra de verse bueno y olvida el sufrimiento que haya podido causarle la curación.

PRIMO ¿Cómo? ¿Pero aquí para curar a los amnésicos se les mortifica?

RIC. Muchísimo: esa innovación es debida a este ilustre amigo.

MAN. Yo he prometido curar a cuantos enfermos hay en el sanatorio y he de cumplir mi promesa.

PRIMO (¡Caracoles! Este me cura al marqués y...) Y diga, maravilloso galeno, ¿tarda usted mucho en la curación?

MAN. Según la rebeldía del amnésico, pero de un mes no pasa. Agudizando un poco las torturas...

PRIMO ¡Ah, no, no, no, no, no!...

RIC. ¿Cómo?

PRIMO Que no, que no, que no, que no...

MAN. ¿Pero qué dice usted?

PRIMO Que de ninguna manera. A mi sobrino no se le tortura bajo ningún concepto, porque a mí no me da la gana. Que tarda en curar un año, muy bien. Que tarda dos, muy requetebién. Que tarda tres, encantado.

RIC. Nos hemos explicado mal, señor Castillo. Las torturas de que habla el señor Mantton son leves molestias a las que él llama recordatorios.

MAN. Claro. Verá usted. Yo doy orden, por ejemplo, de que a un enfermo le den un paseíto en barca por el río y cuando va más descuidado, lo empujan y lo tiran al agua.

PRIMO ¡Caramba!

MAN. Ya comprenderá usted que lo sacan en el acto. Se trata de darle un remojón, nada

más. A los dos días vuelven a meter al mismo enfermo en la misma barca y con el mismo que lo zambulló, y si se resiste a entrar es que se acuerda de la anterior mojadura y puede decirse que está curado.

RIC. Es ingenioso, ¿verdad?

PRIMO Tan ingenioso como Don Quijote.

MAN. En Escocia tuve yo un rebelde que hasta el cincuenta y cuatro chapuzón no recobró la memoria.

PRIMO ¡Qué barbaridad! ¿Y quedó bien?

MAN. Quedó bien, pero reumático.

RIC. Nada; eso, con quince días en Alhama, queda como recién nacido.

PRIMO Claro.

MAN. Por cierto, doctor, que ayer acompañé yo mismo a ese señor ruso del cuarenta y tres para que le dieran el chapuzón consabido y verá usted. Al pasar la barca me dijo el barquero que, o se le compra un traje de hule o no saca del agua a más desmemoriados.

RIC. Se le comprará y también hay que comprarle una muñequera al topiquero que da las bofetadas, porque de la última que le dió al canónigo de Tarragona se le ha resentido la muñeca.

PRIMO Oiga usted, ¿y eso de las bofetadas, qué es?

RIC. Otro procedimiento del doctor Mantton: tiene muchísimos. Nada, uno que entra en la habitación del enfermo, le dice «míreme usted bien a la cara», y le atiza un guantazo que le anestesia un carrillo. Al día siguiente vuelve a entrar y si el amnésico se parapeta o agarra una estaca en señal de previsión, ya puede dársele de alta: es que recuerda.

PRIMO Y si no lo brean.

RIC. ¡Claro!

PRIMO ¡Caramba!...

MAN. No le cause extrañeza, caballero; yo le puedo jurar, porque lo he practicado en Filipinas, que en todas las enfermedades los procedimientos salvajes son de un resultado mágico. Miren ustedes; en un seminario de Joló había cuarenta y cinco seminaristas paralíticos por el artritismo; pues, asómbrense ustedes: en cinco días hice yo en aquel se-

minario cuarenta y cinco curas. ¡Oh! Fué asombroso; la prensa médica del mundo se ocupó de mí.

PRIMO Es usted, por lo visto, un monstruo de la medicina. Se apellida usted Mantton, ¿no?

MAN. Para servirle.

PRIMO (Recordando.) Mantton, Mantton... Yo tengo idea de haberle visto antes de ahora ¿Ha estado usted en Madrid recientemente?

MAN. Hace dos veranos.

PRIMO Justo, ya me acuerdo. Yo estaba pensando, ¿dónde he visto yo a este Mantton?... Y ya está: lo he visto a usted no sé si en una verbena o en los toros.

MAN. En los toros, seguramente.

PRIMO Pues, nada, reconozco en usted a un fenómeno médico de una altura sólo comparable a la de ese pico que se difumina, etcétera, etcétera.

MAN. Muchísimas gracias, señor. (Levantándose.) Ahora, con el permiso de ustedes, voy a pasar mi segunda visita a los enfermos que me están confiados.

RIC. ¿Tendremos hoy algún alta?

MAN. Oh! Tres, querido Ricordi.

RIC. Hasta luego.

PRIMO Beso su mano. (Vase Mantton por la izquierda.) Por lo visto este señor es un pozo de ciencia.

RIC. ¡Qué pozo! es un abismo sin brocal.

PRIMO Y por lo que también he podido colegir, el doctor Macías es una especie de bufanda al lado de este Mantton.

RIC. ¡Pchs! No es que yo niegue la suficiencia de Macías, pero ya ve usted, y esto que no salga de nosotros.

PRIMO ¡Por Dios!...

RIC. Desde hace seis meses está encargado de la curación de la señorita Teruel, una muchacha inmensamente rica, cuyos padres le han ofrecido casarla con él, si la cura y la enferma continúa sin acordarse del santo de su nombre.

PRIMO Y hablando de amnesia, querido doctor, ¿aquí los camareros son también enfermos en tratamiento?

RIC. No, señor; esos tienen buena memoria

PRIMO Pues hace un siglo que he pedido a un camarero mi desayuno y como si hubiera pedido mil pesetas.

RIC. A lo mejor lo tiene usted servido en su cuarto.

PRIMO (Levantándose.) Me da usted una idea. Voy escapado. Con su permiso.

RIC. Usted lo tiene.

PRIMO Hasta ahora. (Se va por la derecha.)

RIC. Daré una vuelta a ver si todo está en orden. (Se va también por la derecha último término.)

PRIMO (Saliendo de nuevo por donde se fué. Viene muy escamado y mirando hacia el interior del lateral.) Juraría que ese señor que viene ahí es aquél a quien ofrecí pagar las cincuenta mil pesetas que le adeudaba el Marqués... Por si acaso evitaré su encuentro. (Se va por la izquierda.)

RAM. (Por la derecha.) Si no me engaño, ese hombre que venía hacia acá es el tío del Marqués. (Asomándose al lateral izquierda.) Sí; no me cabe duda. ¡Ja, ja! ¡Que topetazo se ha dado con aquel camarero! Debe ser un hombre muy nervioso. Entonces, ¡claro! Al estar aquí el tío, es señal de que han traído al Marqués al Sanatorio. Lo celebro; así cobraré mis cincuenta mil pesetas.

ROD. (Por la izquierda.) (El desayuno. Estás fresco.)

RAM. Oiga, camarero; ese caballero con quien ha tropezado usted...

ROD. Es un amnésico que llegó anoche al Sanatorio.

RAM. ¿Está usted seguro?

ROD. Sí, señor, y tan seguro. (Recoge el servicio del vermouth y se va por la izquierda.)

RAM. (Perplejo.) Señores, qué atrocidad. Hay familias infortunadas. Ahora me explico el por qué no me envió el dinero como me prometió; Dios quiera que cure pronto.

CAR. (Esposa de Ramiro, señora como de cincuenta años, muy elegante. Entra por la derecha, lloriqueando.) ¡Pobre hija mía! Cada vez veo más difícil su curación!

RAM. ¿Qué tienes, Carolina?

CAR. Que nuestra Clarita no adelanta un paso, Ramiro.

RAM. Pero mujer, si ayer me dijiste que la habías

oído tararear en su cuarto *El dúo de la Africana.*

CAR. Claro, y pensé, se acuerda de *El dúo.* Vamos bien. Pero no vamos bien, Ramiro, no vamos bien. Acaban de llegar las de Iñigo y Azucenita, la pequeña, compañera de colegio de nuestra Clara, se echó en sus brazos llorando de alegría y Clara, por todo efusivismo, se limitó a preguntar volviendo la cabeza: ¿Por qué llora esta señorita?

RAM. Es espantoso.

CAR. Mira, allí viene nuestra Clara con la pequeña de Iñigo. Cada día tiene la mirada más vaga y el gesto más inexpresivo.

(Entran en escena, por la derecha, CLARA y AZUCENA, dos muchachas elegantísimas. Vienen del brazo. Clara parece una cosa así como sonámbula.)

AZUC. Sí, Clarita; pero si llevas un mes en este delicioso país, ¿no recuerdas?

CLARA No.

AZUC. Anda, ven, sentémonos aquí y charlaremos un rato.

CLARA (Dejándose conducir.) Como usted quiera.

CAR. ¿Qué, Azucenita?

AZUC. Nada, señora; no recuerda nada, no tiene idea de nada.

CAR. ¡Qué tortura, Dios mío! (Llora.)

RAM. Vamos, Carolina, no te acongojes. Dejémesla con esta buena amiguita, que acaso logre hacer impresión en su ánimo.

CAR. Sí; tiene razón. (Besando a Azucena.) Hasta luego, Azucenita.

AZUC. Adiós, señora.

RAM. A los piés de usted. (Haciendo mutis por la izquierda con Carolina.) (¿Pero cómo habrá perdido ese hombre la memoria?...) (Vanse.)

AZUC. ¿Te parece que nos sentemos aquí?

CLARA Como usted guste.

AZUC. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!... ¿Pero me llamas de usted? ¡Qué ocurrencia! Vamos, Clarita, eres incorregible. ¡Ah! Pero no importa. Yo soy muy testaruda y quién sabe si te haré recordar algo de nuestra infancia. (Sentándose.) Vamos a ver, señorita Clara.

CLARA Usted dirá.

AZUC. ¿Se acuerda usted de aquel colegio grande y

destartalado donde estuvimos internas varios años?... ¿No recuerda usted que tenía un bello jardín circundado por una tapia a la cual solían asomarse Pepito León y Carlitos Zamora, aquellos dos muchachos tan simpáticos que nos arrojaban cartitas incendiarias, con un corazón atravesado por una flecha? (Clara sonríe.) ¡Hola! ¿Sonríe usted, señorita?

AZUC. ¿Yo?

CLARA Qué días tan agradables, ¿verdad? ¿Y recuerda usted a aquella monja gruesa, con lentes, un poco gangosa, que nos enseñaba geografía?

CLARA No sé de lo que me habla.

AZUC. ¿Va usted a decirme que no se acuerda de aquel día que le preguntó la de las gafas «dónde está León», y usted le contestó «detrás de la tapia»?... (Ríe Clara.) ¡Clarita!... ¡Dios mío, esto es que se acuerda!... (Llamando.) ¡Doña Carolina!,..

CLARA (Levantándose.) ¡Calla, no me descubras!

AZUC. ¡Pero, Clara!

CLARA ¡Chits!...

AZUC. ¿Qué misterio es este, Clara?

CLARA Azucena, amiga mía. Vas a ser depositaria de un secreto que no creí revelar nunca a nadie. Sí, tengo memoria. La recuperé a los pocos días de llegar a este Sanatorio. Una tarde creyeron mis ojos reconocer en un hombre a él... ¡¡a él!! Y qué impresión no me produciría que empecé a coordinar, a coordinar y volvió a mi cerebro la memoria perdida.

AZUC. ¿Pero, por qué ocultas tu curación, Clara?

CLARA Porque me obligarían a casarme con el Doctor Macías, a quien mis padres prometieron mi mano a guisa de premio, y yo no puedo casarme con nadie más que con él ¡con él! Con mi ídolo, con mi ensueño, Azucena.

AZUC. ¿Pero estás enamorada?

CLARA Sí, Azucena, sí. Siéntate; escúchame y compadéceme. (Se sientan.)

AZUC. ¡Dios mío!

CLARA Yo estoy enamorada locamente de un hombre que no sé quién es.

AZUC. ¿Cómo puede ser eso?

CLARA No me lo preguntes. Es una cosa fantástica; algo así como la Caperucita encarnada o El gato con botas.

AZUC. Sí, me acuerdo; de Lamartine.

CLARA Fué en Venecia.

AZUC. Pero...

CLARA Una tarde paseaba yo en góndola por el gran canal. Cruzóse con la mía otra embarcación con la proa abarquillada, y su ocupante, un hombre guapo, elegantísimo, en cuyos ojos se leía su nobleza y su distinción, sofocó un grito de admiración al verme; incorporóse, me enfocó un Kodac, resbaló y cayó sobre las azuladas aguas del canal.

AZUC. ¡Qué cosa más bonita!

CLARA Los gondoleros le extrajeron del agua sin sentido; le llevé en mi propia góndola hasta su hotel y pregunté curiosa quién era aquel apuesto desconocido, pero no supieron darme razón. El camarero me dijo que debía ser un poeta errabundo, porque había llegado al hotel la noche anterior, se había pasado en la terraza más de tres horas escribiendo cartas y mirando a la luna, y por la mañana al levantarse había abierto el balcón y después de recitar un madrigal había pedido un timbal de macarrones y una góndola.

AZUC. ¡Qué tipo tan interesante! ¿Y tú qué hiciste?

CLARA Yo permanecí a su lado hasta que un suspiro delató su pecho; entonces huí avergonzada, no sin antes recoger de una mesita una cuartillas con unos versos que jamás se han separado de mí.

AZUC. ¡Oh! ¿Tienes unos versos de él?

CLARA Lindísimos. Azucena, Bécquer los hubiera firmado con orgullo.

AZUC. ¿A ver? Léemelos.

CLARA Me los sé de memoria. Verás. (Recitando.)

«Ni más ni menos.»—Rima.
Es una rosa bella y lozana
que el fresco suave de la mañana
mece en su tallo y a su albedrío
mientras cual perlas, sobre sus pétalos
cae el rocío.

Niña preciosa
lindo arabesco...
Tú eres la rosa.
Yo soy el fresco.

AZUC. ¡Poetiquísimo! Tan lindos como aquellos de «Volverán las oscuras». Escucha, ¿y no has sabido?...

CLARA Aquella misma tarde salí de Venecia con mis padres con rumbo a Suiza y no he vuelto a ver a ese hombre cuyo recuerdo vive unido a mí. ¿Comprendes ahora el por qué no digo que he recuperado la memoria? Yo no puedo casarme con el Doctor Macías. Mi vida y mi alma son del otro, ¡de él! Sí, Azucenita, estoy decidida; si no me uno al poeta náufrago de Venecia, acabaré mis días con mi tía Ramona en el convento de San Leandro, de Sevilla.

AZUC. ¡Tú, Clara, tú! No lo imagino. ¡Clara en el convento de San Leandro! ¡Clara haciendo yemas! (Ríe.)

CLARA ¡Disimula! Se acerca el Doctor Macías. No me pierdas, por Dios.

AZUC. Descuida. (En alta voz, al ver a Macías que entra en escena por la derecha.) ¿Pero es posible que no te acuerdes mí, Clarita? Mírame bien.

GUZ. ¡Ella aquí y he citado a Segundo en este sitio! Es preciso alejarla cuanto antes. No quiero que la vea. (Acercándose a ellas.) Muy buenos días.

AZUC. Servidora de usted.

GUZ. (A Azucena.) Señorita, ya lleva mucho tiempo aquí la enferma y es preciso que varíe de lugar para que su cerebro trabaje. Llévela al criadero de truchas por la avenida de los tilos.

AZUC. Sí, señor. Anda, Clara, ven conmigo, que vamos a ver las truchas.

CLARA ¿Truchas? ¿Y qué es eso?

AZUC. Unos peces; ya verás; hay cada trucha...

CLARA Sí, ¿eh? Hay cada trucha... (Mutis por la izquierda segundo término.)

GUZ. Me ha parecido que al decir trucha me miraba con cierta intención... ¡Bah! ¡Aprensiones mías! Y es que estoy con el alma en un

hilo, porque en cuanto Segundo vea a Clara, con lo enamoradísimo que está de ella... No lo quiero ni pensar. Menos mal que Clara no se acordará de Segundo y siempre es un tanto. (Mirando hacia la derecha.) Ahí viene el Marqués. Caramba, está desempeñando su papel de un modo que me maravilla. El que le vea la cara dice en el acto: «este tío no se acuerda ni de cómo se llama don Alfonso XIII. (Entra SEGUNDO mirando a todos lados como un idiota.) ¡Chis! Segundo.

SEG. ¡Ah! ¿Estás ahí?

GUZ. Acércate sin miedo; no hay nadie en la terraza. ¿Qué hay?

SEG. Pues hay que acabo de escuchar una conversación que me ha puesto los cabellos como tachuelas.

GUZ. ¿Eh? ¿Qué has oído? (Se sientan.)

SEG. Pues que un camarero decía al otro: «mira cómo tengo esta mano», de las bofetadas que le he dado al señor Rendueles, el perfumista de Logroño—pero nada, chico—ese tío no recobra la memoria, le arreo, me ve a los diez minutos y como si viera a un amigo. En cambio el señor Sigüenza da gusto: le aticé el lunes un mojicón en las narices que estuvo sangrando media hora, y esta mañana entro en su cuarto con el chocolate, y me dice: «Si es sin mojicón, perfectamente.» De manera que deduzco que aquí los procedimientos que se siguen para devolver la memoria son de un salvajismo vandálico. ¿Cómo no me habías dicho nada de esto?

GUZ. Porque son innovaciones que ha introducido durante mi ausencia un doctor filipino llamado Manthon. Pero tu curación, que como comprenderás es infalible, me hará recuperar a los ojos de Ricordi mi prestigio perdido.

SEG. No cantes victoria, querido Macías; porque como un camarero de esos me largue un puñetazo yo le aplasto el cráneo donde le coja.

GUZ. Escucha, Segundito, que te lo digo por tu bien, pase lo que pase, tú no recobres la

memoria hasta que yo te lo avise. Me ha dicho tu tío: «Sé que mi sobrino está más arruinado que Pompeya, y yo le juro a usted que se casa con Claudia.»

SEG Mi tío es un ser fantástico y ensoñador y anhela mi bien, pero ya sabes que ese casamiento es imposible. Sólo a la de Venecia, a aquella mujer ideal, no soñada ni por el divino Españoleto, daré mi nombre y mi corazón.

GUZ. (¡Caray!) Veo que ya no dudas de que es tu tío.

SEG Te diré: no dudo y dudo. Durante el viaje le observé de hito en hito, y ese hombre es tan brutalmente distinto a todos mis antepasados que me sumo en un mar de confusiones. Además, en su modo de proceder hay cosas que revelan una educación deficientísima. Acuérdate del detalle del coche restaurant, que se guardó disimuladamente unos de esos paquetes de chocolate Suchard que ponen de muestra, y más tarde, al abrirlo en el sliping y encontrarse que era un pedazo de madera, exclamó exaltadísimo: «Esta chufla no se la perdono yo al director de los vagones linces.»

GUZ. Todos los millonarios tienen extravagancias.

SEG. Pero gracias a él mi porvenir está asegurado, querido Guzmán. Indudablemente me adora.

GUZ. Mírale, allí viene. (Mirando hacia la izquierda.)

SEG Es cierto. ¿Qué le pasará? Parece que se quiere ocultar de alguien.

GUZ. Nada, lo que te he didho; un poco extravagante. (A Rodolfo, que cruza la escena de izquierda a derecha.) Oiga, camarero.

ROD. Señor.

GUZ. Traiga unos bocadillos.

ROD. Sí, señor. (Mutis.)

GUZ. Conviene que tomes algo porque este clima debilita muchísimo.

PRIMO (Por la izquierda, mirando hacia atrás.) Este señor Teruel, zascandilea más que un agente ejecutivo. ¡Caramba, mi entrañable doctor!

GUZ. ¡Señor don Primo!

PRIMO — Y qué, ¿cómo va este perillán desde anoche?

GUZ. — Lo mismo; ahora bien, espero que con estos aires tan puros y buscándole alguna emoción fuerte curará en quince o veinte días.

PRIMO — (Sentándose.) No, no; nada de forzar la máquina. Casualmente acabo de decir a los doctores Ricordi y Manthon, que herejías con mi sobrino, no, porque mato a uno.

SEG. — (¡Me idolatra!)

PRIMO — Eso de curar a un amnésico haciéndole coger un reúma, volviéndole cardíaco para toda la vida o hinchándole los carrillos a fuerza de bofetadas, no. (Segundo lo mira horrorizado.) Al que lleva en sus venas la sangre que corre por las mías, no le torturan ni le cardiaquizan porque a mí no me da la gana.

GUZ. — Eso mismo estaba yo hablando con éste.

PRIMO — ¿Eh?

GUZ. — Con éste... ¿cómo se llama ese de la Coruña? Bueno, verdad que usted no le conoce; uno de la Coruña, que me decía lo mismo que usted.

PRIMO — Naturalmente. Que mi sobrino cura pronto porque a Dios le pluga; encantado. Que no cura porque a Dios no ha convenido plugirle; pues paciencia. A él no le hace falta nada, porque para que él pueda disfrutar de una vida muelle y regalo, ya he estado yo muchos años bregando con chinos y tagalos, que bien me quemaron la sangre.

GUZ. — Usted habrá bregado mucho, pero en cambio se ha traído usted una fortuna enorme.

PRIMO — Y lo que me he dejado en Joló, que asciende a otro tanto. No estoy descalzo, no. Tengo valores en el Banco de Londres, en el Banco de New York, en el de España, y unas seiscientas mil liras en un Banco Italiano, que por cierto las he puesto a nombre de mi sobrino.

(Segundo medio se cae de la silla.)

GUZ. — ¡Caray!

PRIMO — ¿Qué es?

GUZ. — Nada, alguna mala postura. (A Segundo.)

Hombre, siéntate bien. Es que no se acuerda ni de cómo debe sentarse. De modo que esas liras...

PRIMO — A nombre de este infeliz. Lo hice apropósito, porque me dije, de este modo no puedo tocar esas liras.

GUZ. — Usted me perdone, don Primo, si soy indiscreto, pero me liga al Marqués una amistad tan estrecha y tan antigua, que acaso justifique mi indiscreción. Desearía saber a punto fijo el parentesco que le une al Marqués. ¿Es usted tío por parte de madre o de padre?

PRIMO — Caballero... (Secándose unas lágrimas.) Hay cosas en la vida que.. perdone usted este llanto. (Se cubre la cara con las manos y llora.)

GUZ. — Hay lágrimas que honran a los hombres que las derraman.

SEG. — (Aparte, a Guzmán.) Insiste, que me interesa.

PRIMO — (Por si cura el Marqués, me prepararé la retirada.) (Continúa haciendo gestos y secándose las lágrimas como bajo el peso de una honda preocupación.)

ROD. — Aquí están los bocadillos. (Pone una bandeja sobre la mesa.)

PRIMO — (A Rodolfo.) Pero oiga, ¿y ese desayuno?

ROD. — En seguida, señor. (¡Estás fresco!) (Se va.)

GUZ. — Sentiría haberle apenado con mi pregunta, pero tengo una viva curiosidad...

PRIMO — Será satisfecha, amigo mío: es muy justo, aunque para ello tenga yo que sufrir, porque lo que ahora voy a contarle no lo supieron en el mundo más que el padre de éste, su abuelo, o sea mi padre, y la Condesa Elena de Peterof, mi difunta madre. Ahora va a saberlo también usted, porque aunque lo oiga mi sobrino, es como si lo oyera una consola.

SEG. — (¿Qué será?)

GUZ. — Relate: le oiré como si fuera un confesor.

PRIMO — Verá usted: el abuelo de éste, mi señor padre, casado con la abuela de éste, que no era mi madre...

SEG. — (Sin poderse contener.) ¿Cómo?

GUZ. — (Dándole un bocadillo.) Come.

PRIMO — (Acercándose a la bandeja.) Y yo, si no lo toman

ustedes a mal, voy a coger éste de anchoas que me vuelven loco por lo saladísimas que son.

GUZ. Es usted muy dueño.

PRIMO Gracias. (Come.) Continúo. El abuelo de éste, casado con su abuela, que fué una santa, veranearon un Agosto en el cosmopolita Biarritz, y allí conoció a la Condesa de Peterof, o sea Purita Castillo, una muchacha americana, casada con el Conde de Peterof, de la Polonia Rusa. Ver mi padre, o sea el abuelo de éste, a la Castillo y enamorarse como un loco, fué todo uno. Bien es verdad que la americanita era una morenaza con dos ojos como dos discos de gramófonos, y valga la hipérbole. Simpatizaron los abuelos de éste, sobre todo el abuelo, con los Condes de Peterof, hasta el extremo de que no se separaba de ellos ni un instante, y hasta al bañarse se bañaba con la americana y el ruso; hicieron juntos un largo viaje, y rodando, rodando llegaron a Cádiz, donde nací yo. ¿Comprende usted, señor Macías?

GUZ. Voy vislumbrando.

PRIMO Me bautizaron en Cádiz con el nombre de Unof, y me llevaron mis padres a Petrogrado donde transcurrió mi infancia. Murió Peterof a resultas de un accidente de trineo, enfermó mi madre del hígado, a consecuencia de la desgracia, y fué apagándose poco a poco como la seca torcida de un candil falto del líquido aceitoso.

GUZ. Horroroso.

PRIMO Y una noche, noche de Enero; noche de nieve y ventisca, mi madre, próxima a morir, me dijo estas palabras que helaron mi corazón: «Unof, hijo mío; tú no eres Peterof; tú eres Bravo.» —Ponme a prueba, exclamé—. «Digo que tú eres Bravo de Chacota, aunque para el mundo y la ley seas Peterof. Tu padre es el Marqués de Sierra Nevada, de la más rancia nobleza castellana...» Lanzó un grito, sus ojos fulguraron y no dijo más. Se quedó en la Castellana, para siempre. ¡Pobre madre mía! Arreglé mis asuntos, vine a España, me entrevisté a solas con mi

padre, que tuvo para mí caricias y ternuras, y digno, porque siempre lo fuí, me dije: —Nadie me llamará Unof Peterof, traduje el nombre de Unof, que es Primo en castellano, adopté el apellido Castillo de mi madre, y Primo del Castillo soy, y Castillo moriré y moriré Primo.

GUZ. Nobilísimo proceder.

PRIMO Partí para Filipinas y allá me enriqueci, porque la fortuna de Peterof, que legalmente me pertenece, y que asciende a unos cincuenta millones de rublos, me da asco; la desprecio. Con su permiso voy a tomar este otro bocadillo de solomillo que me vuelve loco. (Lo coge.)

GUZ. Cuanto guste. (Segundo le hace señas.) ¿Y piensa usted hacer caso omiso de esa enorme fortuna?

PRIMO Hombre, en justicia, no me pertenece; yo soy honrado, y ya le he dicho que soy primo.

GUZ. Pues no sea usted primo; sea usted... Unof.

PRIMO Claro que ahora varían las circunstancias. Si mi sobrino recobra la memoria y se casa con Claudia, haré testamento a su favor y él se encargará de todo aquello: de las once casas de Petrogrado, de las minas de Galitzia, de la flotilla del mar Negro y de los montes de Moscou.

SEG (Admirado.) (¡Este hombre es una fábula!)

PRIMO (Mirando hacia la izquierda.) (¡Caray! El señor Teruel viene por allá. Si me pide las cincuenta mil me arruina. Mientras no venga doña Julia con fondos, estoy en la superficie.) Bueno, voy a dar un paseíto hasta la hora de almorzar. Me llegaré hasta esa gruta de las fosforecencias que tanto me han ponderado. Hasta ahora (A Segundo.) Adiós, rico.

GUZ. Hasta luego.

(Entra RAMIRO por la izquierda, le ve Primo, y tarareando una canción, hace mutis por la derecha.)

RAM. (Nada, que no se acuerda de mí. Sí que tengo una pata como para amputármela.) (Se acerca a Guzmán y a Segundo.) ¡Señores!..

GUZ. Mi querido don Ramiro. (A Segundo.) Saluda, Segundo. ¿No te acuerdas de este señor?

SEG. No le he visto nunca.

RAM. Caramba, mire usted que ha sido casualidad que el tío haya perdido también la memoria.

GUZ. ¿Quién? ¿El tío del Marqués? Pero hombre, si tiene más memoria que un loro. Nos acaba de contar una historia retrospectiva de hace cincuenta años.

RAM. ¿Es de veras? ¡Caracoles! ¿Saben ustedes hacia dónde ha ido?

GUZ. A la gruta de las fosforecencias.

RAM. Muchas gracias. Hasta ahora. (Se va por la derecha más que deprisa.)

SEG ¿Es este tu futuro suegro?

GUZ. Sí.

SEG. Hombre, todavía no conozco a esa pobrecita desmemoriada.

GUZ. Ni falta que te hace.

SEG. Tienes razón.

Yo

ROD. Señor Macías, que le llama el doctor Ricordi. Está en la dirección.

GUZ. Voy. (Se va Rodolfo.) Aquí te dejo. Sigue con tu cara inexpresiva. ¡Ah! Por si tardo, en cuanto oigas la campana del comedor te vas a comer.

SEG Está bien. (Vase Guzmán por la derecha.) Voy yo también a hacer un poco de ejercicio, porque mi queridísimo tío me ha puesto los nervios como leznas. Porque hay que ver: seiscientas mil liras a mi nombre, once casas en Petrogrado, una flota en el Mar Negro... (Mirando hacia la izquierda segundo término.) ¿Eh? (Se lleva una mano al corazón y dice tembloroso:) ¡No! ¡Dios mío!... ¿Será posible?... ¡Sí! ¡Ella! ¡Es ella!... ¡Mi ilusión de tantos meses! ¡Mi divina visión de Venecia!... ¡Viene hacia aquí!... No puedo hablar.. (Se retira hacia el foro.)

Torna Piurello

CLARA (Del brazo de AZUCENA, por la izquierda.) Es muy interesante eso que me cuentas, Azucena.

AZUC. Todos los periódicos de Madrid se ocuparon del suceso, y esta mañana he sabido que llegó anoche al Sanatorio con el doctor Macías, que fué el que lo salvó y con un tío suyo que es rico como un rajá.

CLARA ¿Y es joven el Marqués?

AZUC. Joven y guapísimo. (Viendo a Segundo.) Allí está; junto a la balaustrada. Mírale con disimulo.

CLARA (Mirando al Marqués.) ¡¡El!!... ¡¡El!!... (Cae desvanecida sobre una silla.)

AZUC. (Apuradísima.) ¡Dios mío! ¡Clara! ¡Clarita!...

SEG. (Acercándose.) ¿Eh? Perdón, señorita, ¿qué le ocurre a su amiga?

AZUC. No sé; se ha desmayado. ¡Dios mío! ¡Clara! ¡Clara!... No responde. Como no tiene memoria creerá que no es a ella a quien llamo.

SEG. (Tembloroso.) Pero... ¿esta señorita no tiene memoria?

AZUC. No, señor.

SEG. ¿Y dice usted que se llama?...

AZUC. Clarita Teruel.

SEG. (Dejándose caer en una silla.) (¡Desventurado de mí!) (Queda abismado.)

CLARA ¡Ay!

AZUC. ¡Clara!... ¡Clarita!...

CLARA ¡Dios mío!

AZUC. ¿Eh?

CLARA (En voz baja.) ¡Azucena de mi alma; es él; el de Venecia; el de mi ensueño!... Déjame sola.

AZUC. Recuerda que no tiene memoria.

CLARA Por eso, porque no la tiene, quiero decirle sin rubor que le adoro. Vete: déjame.

AZUC. Sí; adiós. Buena suerte. (Vase por la izquierda.)

SEG. (¡Virgen santa! ¡Tener la suerte inmensa de encontrarla y encontrarla así! ¡Qué hermosísima es!)

CLARA (¡Un Marqués nada menos, qué atrocidad! Sí; tenía que ser un noble; un grande... Infeliz de él e infeliz de mí!) (Se miran.)

SEG (¡Me mira!)

CLARA (¡Me mira!)

SEG. (¡Pero no se acuerda!)

CLARA (¡No se acuerda!)

SEG. (¡Si yo lograra!...)

CLARA (¡Si yo pudiera!...)

SEG (Probaré.) (Se levanta.)

CLARA (Me decido.) (Se levanta.)

SEG. (Con desaliento.) (Pero si no se acuerda de nada, ¿de qué podría yo hablarle?...)

CLARA (Desalentada.) (Si no tiene memoria, ¿cómo va a recordar?...)

SEG. (Sentándose de nuevo.) (Es inútil.)

CLARA (Sentándose.) (Es imposible.) (Pausa.) (Quién sabe si escuchando aquellos versos que él escribió... Probaré.)
(Recitando en alta voz.)

Es una rosa bella y lozana
que el fresco suave de la mañana
mece en su tallo y a su albedrío
mientras cual perlas, sobre sus pétalos
cae el rocío.
Niña preciosa,
lindo arabesco,
tú eres la rosa,
yo soy el fresco...

SEG. (La poesía es mala, pero la ha recitado como la recitaría un querube.)

CLARA (No se acuerda de sus versos: ¡qué lástima!)

SEG. (Necesito hablarla.) (Se levanta y se acerca a ella.) Señorita, esa poesía que ha gorjeado usted es muy linda.

CLARA ¿No la recuerda, caballero? Es de usted.

SEG. ¿Mía?

CLARA Sí, señor.

SEG. (¡Pobrecilla! Se me parte el alma de verla así.)

CLARA (Ni la menor idea. ¡Qué rabia!)

SEG. Hace usted bien en cantar madrigales, señorita, porque el paraje convida a ello. Jamás la naturaleza ofreció a ojos humanos una vista más hermosamente encantadora.

CLARA Y sin embargo no es completamente hermosa; falta el mar.

SEG. Falta el mar, pero tiene espléndidos lagos donde la luna, siempre coqueta, puede retratarse.

CLARA Sí, pero por espléndidos que sean estos lagos no pueden compararse con aquellos...

SEG. ¿Con cuáles?

CLARA Con aquellos... (¡Dios mío, un milagro!) Con aquellos canales de Venecia en los cuales se mecen las afiladas góndolas que suelen conducir a mujeres enamoradas y a poetas fotógrafos.

SEG. (Dios santo, ¿recordará?... Lo del poeta fotógrafo, me despista)

CLARA (Recitando de nuevo.)

Es una rosa bella y lozana...

SEG. (¡Válgame Dios!)

CLARA Que el fresco suave de la mañana...

SEG. (Atajándola.) Estoy muy de acuerdo con usted, señorita. Si en esta naturaleza exuberante y rocosa hubiese canales como aquellos, el Pirineo sería una paraíso; un divino sueño de hadas. Imagínese que aquel monte gris es un palacio.

CLARA El de los Dux.

SEG. El de los Dux. Imagine también que aquella mancha rojiza que se esfumina entre la bruma, es un gran canal, y que aquel valle frondoso es otro gran canal.

CLARA Veo el rebrillar del sol sobre sus aguas.

SEG. ¡Qué imaginación! Pues bien, sobre aquel canal... imagine usted que se desliza como náutica gaviota una góndola azul.

CLARA (Cerrando los ojos.) Qué linda es y qué rápida navega.

SEG. Y vea usted aquella otra góndola que avanza en sentido contrario.

CLARA La veo, la veo.

SEG. Su gondolero canta dulcemente.

CLARA Y va en ella un hombre, ¿verdad? Un hombre arrogantísimo.

SEG. Y ese hombre, es...

CLARA (Recitando de nuevo.)

Es una rosa bella y lozana,
que el suave fresco de la mañana...

SEG. (Desalentado.) (¡Todo inútil!)

CLARA (Idem.) (En vano todo. No se acuerda de mí ni de sus divinos versos.)

(Se siente dentro repiquetear una campana.)

SEG. (Después de todo, como no ha de acordarse...) (Le coge una mano.)

CLARA (Dios mío; se atreve!... ¡Bah! Como lo ha de olvidar en seguida... Yo me abandono.)

SEG. (Acariciándole la mano.) (¡Qué mano tan encantadora!) (Se la besa.)

CLARA (¡Dios mío!)

SEG. (Se deja. No recuerda lo que es un beso. Menuda bicoca.) (Vuelve a besarle la mano.)

CLARA (No se acordará de lo que es un abrazo, porque si no me abrazaría. (Segundo pasa su brazo por detrás de ella.) (Va haciendo memoria.) (La abraza.)

GUZ. (Asomándose por la derecha.) (Lo que yo me temía. ¡Ah, canalla!... ¡Me las has de pagar!) (Desaparece.)

CAR. (Dentro.) ¡Clara! ¡Hija mía!

SEG. (Levantándose rápidamente.) (¡Mi madre! ¡Digo, su madre!)

(Entran por la izquierda DOÑA CAROLINA y AZUCENITA.)

CAR. Pero, Clarita, ¿no has oído la campana del comedor?

CLARA No recuerdo; estaba aquí con este caballero que me hablaba de... no sé qué.

CAR. (A Segundo.) Caballero, es inútil que la hable usted de nada; la pobre infeliz a los dos minutos lo olvida todo.

SEG. No recuerdo haber hablado con esta señorita.

CAR. ¿Eh?

AZUC. Doña Carolina; el señor es también un amnésico.

CAR. ¡Qué lástima! Tan distinguido y tan arrogante. Anda, vamos al comedor.

CLARA Vamos. (Aparte a Azucena tomándola del brazo.) (¡Ay, Azucena de mi alma: su cerebro ha muerto! ¡Desgraciada de mí!)

AZUC. ¡Pobre Clara! (Mutis con Carolina por la puerta de la izquierda.)

SEG. (Haciendo mutis tras ellas.) (¡No recuerda nada, nada! Y no puedo desear que se cure porque querrían casarla con Macías... ¡Antes lo mato!) (Vase.)

GUZ. (Por la derecha.) ¡Miserable! Eso no se hace con un amigo: aprovecharse de su falta de memoria para... ¡Ah! No; ya verás tú, sinvergüenza. (A RODOLFO que cruza la escena.) Oiga.

ROD. Usted dirá, señor Macías.

GUZ. ¿Conoce usted a ese enfermo que llegó anoche conmigo?

ROD. Sí, señor; está incapaz; más de cinco veces me ha pedido esta mañana el desayuno.

GUZ. (Bien hace su papel.) Usted ya conoce el método curativo que ha empezado a regir en el Sanatorio.

ROD. Ya lo creo: mire usted cómo tengo la muñeca.

GUZ. Bien; pues por cada bofetada que se le dé a ese señor, entérese bien, doy veinticinco pesetas.

ROD. ¿Dispone usted de mucho dinero?

GUZ. Tengo mil duros en la cartera.

ROD. Perfectisimamente: lo comunicaré a los compañeros.

GUZ. (Haciendo mutis por la puerta de la izquierda.) (¡Ah, Marqués! A mí no se me juega en vano una mala partida.) (Vase.)

ROD. (Llamando, hacia la derecha.) González, García, Benítez, Rodríguez... Venid acá.

(Salen por la derecha cuatro Camareros.)

GON. ¿Qué quieres?

ROD. ¿Conocen ustedes a ese enfermo que llegó anoche con el doctor Macías?

GON. Yo no.

ROD. Sí, hombre; uno rubio ya entrado en años. Mira; allá viene a todo meter.

GARCÍA ¿Aquél?

ROD. Sí.

GON. Bueno, ¿y qué pasa?

ROD. Que por cada guantazo que se le arree dan diez pesetas.

GON. ¡Atiza! (Se remanga un puño.)

GARCÍA ¡Chavó! (Idem.)

ROD. Esperémosle, y después seguirlo hasta el corredor oscuro, y allí duro.

GON. Entendido.

GARCÍA De primera.

ROD. De las cinco mil pesetas, tres mil son para mí.

PRIMO (Por la derecha último término. Viene jadeante) Bueno, ese señor Teruel es de una pesadez que los bloques de granito resultan plumas de miraguano. Lo he dejado a medio kilómetro porque oí la campana del comedor y he corrido de un modo, que un Panhar es una apisonadora comparado con mi vértigo.

Gracias a Dios que voy a comer algo, porque mis pobres muelas deben estar aburridísimas. (Al ver a los Camareros.) ¡Mi madre! Sin duda estos camareros me esperaban para rendirme pleitesía. Claro, se han enterado que soy multimillonario, y vienen a adularme: creerán que al marcharme la propina que les dé será morrocotuda. (Los Camareros cada vez que los mira le saludan.) Sí, sí; están frescos. Sí, sí; va a ser morrocotuda. (Mutis por izquierda. Todos detrás de él. Se oye dentro una ensalada de tortas y vuelve a salir don Primo seguido de los Camareros.) ¡Socorro! ¡Socorro! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Hall del Sanatorio del doctor Ricordi. Dos puertas en cada lateral. Es de noche.

—

(Al levantarse el telón están en escena DON PRIMO y RICORDI. Don Primo con un vaso en la mano hace una buchada.)

RIC. Qué, ¿no se alivia usted? (Don Primo le dice por señas que regular nada más.) Pues llevo dos días haciendo averiguaciones y aún no he podido sacar nada en claro. (Don Primo le dice por señas algo que no se entiende.) Todos los camareros me han dicho lo mismo: que recibieron la orden de asustar levemente al señor marqués para activar su curación y que como le confundieron a usted con él, fué usted quien se llevó los sustos.

PRIMO (Arrojando de repente la buchada e incomodadísimo.) Conque para asustar, ¿eh? Eso se lo cuenta usted a un tonto, señor Ricordi. A mí esos bárbaros me daban las bofetadas como si yo hubiera matado a sus padres a traición. Y había muchos, muchísimos, que querían repetir y me seguían como locos. Gracias a que yo cuando corro, una gacela es un galápago, que si no a estas horas cada moflete mío es un timbal.

RIC. Usted siempre tan jovialísimo. Y a propósito de jovialidad. Hace un rato me dijeron Manthon y el señor Teruel, entre grandísi-

mas carcajadas, que le habían ganado a usted al treinta y cuarenta un dineral.

PRIMO Quince mil pesetas.

RIC. ¡Caramba!

PRIMO Justas y cabales. Cuatro a la mano y catorce mil novecientas noventa y seis que les pagaré cuando reciba fondos.

RIC. Pues es un pico.

PRIMO ¡Bah! Eso no tiene importancia. Ni me acordaba ya de esa futesa. Mire usted, una noche en Londres perdí en hora y media cuarenta y cinco mil libras.

RIC. ¡Qué enormidad; cuarenta y cinco mil libras!

PRIMO No quito ni un gramo. Pues nada, telefoneé a un Banco naviero «El Mediterráneo» donde yo tenía fondos y al día siguiente me mandaron a Londres los fondos de «El Mediterráneo», y, claro, liquidé.

RIC. Así da gusto. Por lo visto tiene usted fondos en todas partes.

PRIMO No exagere usted. Hay sitios donde no tengo nada. En Madrid... mire usted qué cosa tan rara: en Madrid no tengo ni un cuarto.

RIC. Y oiga usted; ¿no le han contado la novedad del día?

PRIMO ¿A mí? No. ¿Qué pasa?

RIC. (Ríe.) Pues graciosísimo. La prometida del marqués... (Vuelve a reir.)

PRIMO ¿Eh? ¿Qué le sucede?

RIC. Estas mujeres son de lo que no hay. (Vuelve a reir.) Nada, que se ha puesto en relaciones esta mañana con el doctor Macías.

PRIMO (Tambaleándose.) ¡La divina Comedia!

RIC. ¿Qué le pasa a usted?

PRIMO Nada, que... (Claudia en relaciones con Macías... Mi ruina.) No; eso no puede ser. Esa señorita se casa con mi sobrino o me levanto yo la tapa de los sesos.

RIC. ¿Pero a usted qué le importa?...

PRIMO ¿Cómo que qué me importa? ¿Usted sabe lo enamoradísimo que estaba mi sobrino de esa chica? Y ella de él; más de cien veces me ha dicho que su primer amor había sido Segundo.

RIC. Mire usted, en confianza, de quien está ena-

morado su señor sobrino es de la señorita Teruel.

PRIMO ¿Cómo?

RIC. El criado que le asiste le oyó decir la otra noche asomado al balcón: «¡Clara!»... «¡Clara!»...

PRIMO ¿No lo diría por la noche?

RIC. Lo decía por la noche y por la mañana.

PRIMO Y oiga usted; ¿esa Clara tiene dinero?

RIC. Un disparate; ¿no ve usted que el padre presta al ochenta por ciento?

PRIMO ¿Al ochenta por ciento? Ese es un detalle que yo ignoraba y para mí es de mucho interés.

RIC. Mire usted si tendrá dinero que ayer, en vista de que su hija no mejora, ha ofrecido al que la cure, o la mano de la chica o un premio de cincuenta mil duros.

PRIMO ¡Cincuenta mil duros! La curo yo.

RIC. ¿Eh?

PRIMO En cuanto ofrecen un premio por cualquier cosa, ya me tiene usted que no vivo hasta que me lo gano. Yo soy así. Ya comprenderá usted que no lo hago por el premio; lo mismo me da que sean cincuenta mil duros que un barómetro.

RIC. Es usted rarísimo.

PRIMO Más que un pulpo. Como me piquen el amor propio, hago atrocidades. Mire usted, en Madrid hace muchos años, figúrese era yo un pollo... Bueno, pues había una cucaña en Chamberí; nada, un palo muy largo y en lo alto una gallina para el que subiera a cogerla. Pues me picaron el amor propio, trepé y la cogí.

RIC. ¡Caramba!

PRIMO No se me olvida la ovación. Claro, un pollo que se lleva una gallina en un vuelo...

RIC. Muy genial.

PRIMO Voy con su permiso a buscar al señor Macías. Urge que entre ambos medie una explicación. Hasta ahora.

RIC. Hasta luego.

PRIMO ¡Ah! Deme usted quinientas pesetas.

RIC. Sí, señor.

PRIMO No se olvide de apuntarlas en mi cuenta,

porque yo, como sabe, no apunto nunca nada.

RIC. Perfectamente. (Dándole el dinero.) Tome usted.

PRIMO Mil gracias. (Se va por la segunda derecha.)

RIC. Adiós. ¡Qué hombre tan raro! Tira el dinero de un modo que asusta. (Apunta en un librito.) Hoy veintisiete, mil pesetas. (Guarda el libro.) Me debe ya quince mil duros. ¡Es un Rajá! Clientes como éste son los que yo necesito. (Por la primera izquierda entra en escena Rasconié, un francés como de cuarenta años, muy mal encarado y vestido de alpinista. Al ver a Ricordi se detiene, saca una navaja grande de seis muelles y la abre. Al ruido da Ricordi un salto.) ¡Caramba!

RAS. Bon soir.

RIC. ¿Otra vez usted aquí? Pero si no hace quince días que estuvo usted en el sanatorio. ¿Cree usted que aquí van los amnésicos a pasarse la vida comprando armas antiguas?

RAS. (Con marcadísimo acento francés.) Pardon, monsieur Ricordi. Ahora soy venido de España, pero me he detenido porque me han dicho que se hospeda en su establecimiento un gran monsieur tres drolle y yo quisiera ver si hacía algún negocio con él.

RIC. Bien, bien; pero haga usted el favor, amigo Rasconié, de dulcificar un poco su aspecto y de proceder con mayor tino, porque, caramba, se presenta usted de pronto revólver en mano, o como ahora abriendo esa navaja, y es usted capaz de asustar a un alabastro.

RAS. Es mi sistema, monsieur Ricordi. Primero asusto y cuando ven que no quiero matar sino vender, respiran contentos y me compran.

RIC. No está mal.

RAS. Si usted quisiera indicarme dónde podría yo ver a ese gran monsieur don Primo del Castillo.

RIC. Venga usted conmigo. Acaso esté en el salón de recreos.

RAS. Merci, monsieur.

RIC. Le evitaré un susto. (Se van por la segunda derecha. Entran en escena por la primera izquierda DOÑA JULIA y CLAUDIA.)

CLAU. No insistas, mamá, no insistas: o Macías o el cianuro potásico.

JULIA ¿Pero tú estás loca, Claudita? Después de dos años de relaciones con el marqués, título de una ranciedad que casi apesta y tras el cual íbamos como dementes, vas a caer con ese medicucho mal encarado que no tiene dos pesetas.

CLAU. Sí, mamá; le amo, ¡le amo!

JULIA Pero ¿no amabas al marqués?

CLAU. Le amaba.

JULIA ¿Y amabas a Rodríguez y a González y a Pérez?

CLAU. No lo niego; los amaba.

JULIA Bueno; a ti te guiña un ojo Romanones y a tu corazón se le abre un cráter.

CLAU. Nací apasionada. No soy de estos tiempos: soy de la Arcadia.

JULIA (Pobrecita: es una neurótica.) (Siguen hablando.)

PRIMO (Por la derecha.) (Estás aquí. Bueno; yo convenzo a esta cursi o me subo a un pico y me arrojo.)

JULIA (A Claudia.) El tío. Qué fatiga; no sé qué decirle...

PRIMO Señora...

JULIA Que, ¿cómo sigue el marqués?

PRIMO ¡Oh! Mejor; mucho mejor. Opino que su curación es ya cuestión de días.

JULIA (¡Dios mío!)

CLAU. ¿Es posible?

PRIMO Esta mañana nos dió una gratísima sorpresa durante el almuerzo. Al servir un Criado los postres exclamó mirando a una ciruela. ¿Será Claudia? Y haciendo un mohín y con los ojos casi extraviados, murmuró. ¡Claudia! ¡Oh, Claudia! Me la comería.

JULIA Si ya lo decía yo; era un volcanismo por ésta que tostaba. ¿Lo ves, ilusa? El marqués te ama.

CLAU. No me importa; yo amo a Macías.

PRIMO ¿Cómo? ¿Eh? ¿Qué oigo? ¿Su hija de usted ama a otro?

JULIA Le diré a usted, don Primo.

CLAU. Nada; para qué mentir. Amo a Macías, sí; le amo.

PRIMO ¡Pobrecita! Sucumbirá a manos de mi sobrino. No será el primer Bravo que mata por amor.

JULIA Pero usted cree que...

PRIMO Sucumbirá.

JULIA ¿Lo oyes, Claudia?

CLAU. Si me mata el marqués, moriré amando a Macías. Soy de la Arcadia. (Haciendo mutis por la izquierda.) Soy de la Arcadia. (Vase.)

JULIA Mi hija está loca, señor del Castillo.

PRIMO Pero que rematada. Ahora dice que es de la Alcarria.

JULIA De la Arcadia.

PRIMO ¿Y dónde cae eso?

JULIA Es la época bucólica, ¿sabe usted? La época bucólica.

PRIMO (Pues la madre está de una mochaléz que turulata.)

JULIA Siempre ha sido romántica y ensoñadora; toda clorosis. Si un pastor la requiebra se ensimisma y si una oveja la bala se adormece. Es una pura égloga.

PRIMO Pues eso me lo ha podido usted decir en Madrid, porque a ver qué hago yo ahora, señora mía. Si mi sobrino recobra la memoria y se encuentra conque su prometida es una pastoral, vislumbro una tragedia que, vamos, Eurípides hacía sainetes.

JULIA ¿Usted cree...?

PRIMO ¿Cómo que si creo? Estoy convencidísimo hasta el tuétano, señora. Porque no es él, entiéndalo usted, no es él; es la sangre viril de todo un árbol genealógico que corre por sus venas y esa sangre se haría un coágulo si no ejecutase una venganza siciliana.

JULIA Me asusta usted, don Primo.

PRIMO ¡Oh, qué drama, divino Aristófanes! Y todo por la clorosis maldita! ¿Para qué habré venido yo de Mindanao?

JULIA (Asustada.) Bueno, pero yo creo que su sobrino se hará cargo...

PRIMO ¿Cargo un Chacota pospuesto por un medicucho mediocre? ¡Oh! Veo la tragedia brutal como si estuviera en un cine. Segundo con los ojos en blanco blandiendo un hacha, su hija de usted sobre el parqué de la

estancia con la cabeza separada del tronco y gritando confesión y Macías con un puñal clavado en el corazón y lanzando el rugido sordo de la parca inclemente. (Doña Julia se desvanece.) ¡Señora!... ¡Señora!... Caray que palidez. Bueno, es que la peliculita que le he proyectado me la compra Pathé y hace un negocio. ¡Señora!

JULIA (Volviendo a la vida.) El tronco... el hacha...

PRIMO Doña Julia.

JULIA (Levantándose nerviosamente.) ¡Qué espanto!... ¡Claudia! ¡Claudita! (Salta nerviosa.)

PRIMO Vamos, cálmese: yo he exagerado un poco. Puede que toda la tragedia se reduzca a que la dé un puñetazo que la desnarigue...

JULIA ¡Oh! ¡Qué horror! (Vuelve a saltar.)

PRIMO Cálmese; vaya al lado de su hija que por fortuna aun vive y convénzala de que con Macías no va más que a la sepultura.

JULIA Va a la sepultura, pero va; la conozco; lleva la sangre de los Saltillos, que si no todos, la mayoría fueron descabellados. (Salta.)

PRIMO Señora, por la Virgen de la O, reprima esos nervios.

JULIA (Saltando.) No puedo; mi sangre es también la misma: son los Saltillos.

PRIMO A ver si logramos convencer a esa moderna Dafni. (Haciendo mutis con Julia por la izquierda.) Caray, con los Saltillos.

(Un instante de pausa y con tdoo género de precauciones entran por la primera derecha SEGUNDO y GUZMÁN.)

GUZ. Aquí podemos hablar tranquilamente.

SEG. Tenía verdaderos deseos de que echáramos una parrafada. De modo que fuiste tú, grandísimo sinvergüenza el que mandaste que me dieran las ochenta bofetadas que le atizaron a mi tío, ¿no?

GUZ. Sí, fuí yo, pero no fuí yo. Fueron los celos, la rabia, el despecho, yo qué sé. Tenía puesta toda mi ilusión en mi boda con Clarita, porque no sé si sabrás que su padre, que presta al ochenta por ciento, es inmensamente rico.

SEG. Qué me vas a decir a mí del señor Teruel.

GUZ. Pues bien, te lo confieso, al ver que la abra-

zabas de aquella manera, pensé que contigo no podía yo competir y me dije, se me va; se me va.

SEG. Luego tú la querías.

GUZ. No, hombre, yo me refería al dinero; se me va el dinero; pero ahora que las cosas han cambiado y que Claudia según parece me idolatra, el dinero no se me va, porque Claudita tiene lo suyo. Chico, Cupido moderno que dirige sus flechas a las casas de banca.

SEG. ¡Ay, Macías de mi alma! No sabes lo que te agradezco el que me quites de encima a esa criatura.

GUZ. ¿Y a ti, cómo te va con Clarita?

SEG. No he podido hablar con ella desde aquel día. ¿Para qué? Pero me mira de un modo que yo creo que me adora, Guzmán. ¡Oh! ¡Si recobrara la memoria!... ¡Dios mio!

GUZ. El que va a echar venablos cuando se entere de mis relaciones con Claudia, es tu acaudalado tío. Se ha puesto al lado de esa familia de un modo que no le aparta ni una locomotora. ¿Qué le habrá dado doña Julia?

SEG. Quiera Dios que lo de Clarita no le siente mal, porque si me retira su protección estoy perdido. Ahora que para armonizarlo todo y tener siempre al tío Peterof de mi parte estoy madurando un plan que... (Como iluminado.) ¡Calla! Sí; le veo... Espera: ya está.

GUZ. ¿Qué es?

SEG. Me salvé; espera; lo veo.

GUZ. ¿Pero qué es?

SEG. Magnífico; lo veo. Espera. Lo veo. (Vase primera derecha.)

GUZ. El lo verá, pero yo ni lo vislumbro. (Queda pensativo.)

PRIMO (Por la izquierda.) Señores, qué niña; nada, que dice que Macías o un tóxico. (Advirtiendo la presencia de Guzmán.) ¡Caray, don Juan Tenorio! No, pues yo quemo el último cartucho. ¿Señor doctor?

GUZ. Mi respetable don Primo.

PRIMO Necesito hablar con usted muy seriamente. Perdone que accione con esta ligera excitación, pero desde que he sabido su traición abominable no soy dueño de mis nervios.

GUZ. No me explico...

PRIMO Señor mío, usted arteramente y aprovechándose de la actual idiotez de mi sobrino ha engreído a esa niña cursi haciéndola perder el medio milígramo de sesos que le quedaba.

GUZ. ¡Caballero!

PRIMO Y ya que mi sobrino no puede demandar una explicación, yo la demando. Los Bravos pagamos las traiciones con la muerte sea como sea, pero con la muerte: ahí va mi tarjeta.

GUZ. (¡Caray!)

PRIMO Armas las que guste: la pistola, la espada, el garrote, el sable, todas me dan lo mismo.

GUZ. (Menudo conflicto. Como le digo yo...) Señor mío, le ruego que me deje explicarme...

PRIMO El garrote, la espada, la pistola...

GUZ. Pero don Primo...

PRIMO La espada, la pistola, el sable...

GUZ. Caballero, yo no puedo batirme.

PRIMO ¿Eh?

GUZ. Primero porque molestaría a Segundo y segundo porque él sería el primero en aplaudir mis relaciones con Claudia.

PRIMO ¡Miente usted, villano!

GUZ. ¿Esa palabra?

PRIMO No trate de ocultar su cobardía. Usted no se bate porque tiene un pánico que le tiembla hasta la hebilla del pantalón. Me da usted repugnancia.

GUZ. (Aporreando la mesa.) ¡Basta!

PRIMO (¡Caray!)

GUZ. Yo no me batiré con usted, pero a mí no se me insulta en vano, esta misma noche, oigalo bien; esta misma noche morirá usted. (Jura. Haciendo mutis por la derecha.) (Si no se asusta es Núñez de Balboa.) (Vase.)

PRIMO No esperaba yo esta salidita. Y que lo ha jurado de un modo... Porque, claro, eso del desafío lo arreglaba yo muy bien, avisaba a la policía para que nos sorprendieran y listo, pero... Caray, me preocupa; porque a más de ser médico, tiene una cara de asesino que espanta. Aquí hay mucha gente

maleante, se pone de acuerdo con otro u otros y me apiolan. ¡Ca! Yo «fustro» este crimen. Pero que los fustro.

CLARA (Por la derecha, llamándole.) ¡Chis!

PRIMO ¿Eh? (Se detiene.)

CLARA Caballero.

PRIMO La chica de Teruel, la desmemoriada.

CLARA (Acercándose a él.) Perdone usted que le distraiga un momento, señor, pero necesito su protección y su consejo.

PRIMO (Reverencioso.) Usted me dirá, señorita.

CLARA Caballero, voy a dar un paso y no sé como darlo.

PRIMO (¡Ah, vamos; se le ha olvidado andar.) Pues mire usted, señorita, si no es usted supersticiosa, sírvase adelantar el pie izquierdo y ya está.

CLARA No me ha comprendido usted; quiero decirle que le voy a revelar algo de trascendentalísima importancia.

PRIMO ¿A mí?

CLARA Sí, señor; es usted tío del hombre a quien adoro con toda mi alma y debo abrir a usted mi pecho.

PRIMO ¡Caray!

CLARA Caballero va usted a saber lo que nadie sabe: yo tengo memoria pero lo oculto desde hace muchos días porque mi padre ha ofrecido al doctor que me cure, mi mano, si es soltero, o cincuenta mil duros si es casado.

PRIMO Lo sabía, señorita, y puede creerme, me torturaba el cerebelo buscando un medio que la hiciese recobrar la memoria perdida. Soñaba con curarla.

CLARA Pues bien; a los ojos de todo el mundo va usted a realizar mi curación.

PRIMO ¿Yo? Vamos, señorita, reflexione usted que lo que me propone es una cosa tan agradable que no me he caído redondo porque me sostiene el imán de sus palabras.

CLARA Verá usted, usted finge curarme.

PRIMO Sí, señorita.

CLARA Y en seguida y haciendo valer su derecho, pide mi mano.

PRIMO (Contrariado.) Le diré a usted; es que yo...

CLARA Usted pide mi mano y la cede a su sobrino de quien estoy locamente enamorada.

PRIMO Es que si su señor padre me da la mano, no me da los cincuenta mil duros y si le pido los cincuenta mil duros y la mano, me da con el pie: le conozco.

CLARA ¿Y qué le importan a usted esas miserables pesetas? ¿No es usted rico como un Creso?

PRIMO Es que yo... (Bueno, mi fortuna me arruina.)

CLARA Además que sólo con esa condición he de prestarme a esta comedia. (Con mimo.) ¿Acepta usted? Se lo agradeceré toda mi vida. ¡Le quiero tanto!...

PRIMO (Encandilado.) ¿A quién?

CLARA A él: a Segundo. Y él llegará también a quererme. ¿No cree usted que llegará a quererme?

PRIMO No me acerque los ojos que me galvaniza.

CLARA ¿De veras?

PRIMO Tiene usted dos niñas como para presentarlas en sociedad.

CLARA ¡Don Primo!

PRIMO (Hecho mieles.) Qué.

CLARA ¿Acepta usted?

PRIMO (Comiéndosela con los ojos.) Usted me manda a mí rodar y me hago bolindre.

CLARA Gracias, muchas gracias. Merecía usted ser de la época de Luis XV por su maestría en el discreteo galante.

PRIMO Pitorreo, no.

CLARA Discurra usted un medio bonito de curarme; debe usted ser tan ingenioso como Bocaccio. Espero sus órdenes. Hasta luego.

PRIMO Hasta después.

CLARA (Haciendo mutis por la izquierda.) Y silencio: yo no sé nada; no recuerdo nada; continuo en el limbo. ¡En el limbo!... (Hace mutis riendo.)

PRIMO (Viéndola ir, como alelado.) Es una flor que emana un perfume que «estásia». No sé si está bien dicho, pero lo mismo da: «extásia». Bueno, a ver qué pamplina ideo yo para curar a esa tontería de criatura y a ver qué otra pamplina se me ocurre para echarle la zarpa a esos cincuenta mil duros del premio, porque si los dejo escapar soy un mentecato. Caray, que ya no me acordaba de mi

asesino y ahora que veo el porvenir como un amanecer de Mayo, sería una idiotez el dejarse apiolar. Voy a «fustrar» el crimen. (Se va por la izquierda. Por la segunda derecha entran en escena RASCONIER y MANTHON.)

MAN. Sí, señor; debe ser muy aficionado a las armas porque ayer de sobremesa nos estuvo contando que en su palacio de Strasburgo tiene una colección que vale más de cuarenta mil duros.

RAS. ¡Oh! Pues entonces le he de vender todas las que he traído, que no son pocas.

MAN. Ya lo creo. Puede que no se las pague a usted en el acto, porque estos archimillonarios no suelen llevar nunca dinero.

RAS. ¡Oh! Es lo mismo, monsieur.

MAN. Ya ve usted, a mí me debe catorce mil pesetas y ojalá me debiera sesenta mil.

RAS. ¿Sabe usted si habla francés? Porque yo sería gustoso de poderle hablar correctamente.

MRN. Por Dios, hombre; yo creo que debe saber hasta chino. Con lo que ha viajado... Mire usted, aquél es. Aquél que viene allí.

RAS. ¿Le monsieur rubio?...

MAN. Sí, señor.

RAS. ¡Oh! Merci, monsieur.

MAN. Y nada de asustarle, ¿eh? No olvide lo que le ha encargado el señor Ricordi.

RAS. Bien, monsieur.

MAN. Voy a ver qué sucede, porque es ya la hora de comer y aún no han tocado la campana. (Se va por el último término de la izquierda.)

RAS. Prepararé el muestrario. (Se oculta.)

PRIMO (Por la izquierda, primer término.) ¿Dónde estará el señor Ricordi? He visto desde una ventana a Macías hablando con uno ¿Estará fraguando o habrá fraguao ya lo de?... Bueno, a mí ¡brécoles! Busco a Ricordi y no me separo de él por nada del mundo. Porque vamos, tengo miedo: lo confieso, tengo miedo. Juró Macías de un modo que...

RAS. (Por la derecha.) Pardón, monsieur.

PRIMO (Mirándole escamadísimo.) (¡Caray!)

RAS. Si vous voulez je vous montrerari une belle collection d'armas de tous pays.

PRIMO (No le entiendo una palabra, pero lo mismo me da, le diré a todo que sí.)

RAS. ¿Comprenez vous?

PRIMO Oui, oui. (Es una vergüenza confesar que no sé francés.)

RAS. Premierement je vous ferari voir une pistolet du quatorzieme siecle, autentique.

PRIMO Oui, oui. (Me escama este tío.)

RAS. Il y a quelques juors j'ai vendu une pareille au medecin du sanatorion monsieur Macías.

PRIMO (¿Caray, ha dicho Macías, o será una palabra francesa?)

RAS. (Sacando una pistola y alargando la mano hacia Primo.) Vous aller la voir.

PRIMO (¡Mi madre!) (Le arrebata la pistola.)

RAS. (Asombrado.) (¡Oh, qué entusiasmo! ¡Le coloco las siete!)

PRIMO (Muerto de miedo.) (Es este, este el que viene a redactarme la esquela; pero por lo pronto esta pistola no me orada.)

RAS. ¿Et cette merveille espagnole? (Abre la navaja de siete muelles.)

PRIMO ¡Ay! (Se la quita.)

RAS. (Se las vendo todas.)

PRIMO (Y lo que me pasma es que se las quito y no se inmuta. Sí que venía prevenido.) (Con la navaja en la mano.) (Pues ahora le puedo.) ¿Trae usted más armas?

RAS. ¿Prefiere que yo le hable en español?

PRIMO (Amenazador.) Digo que si trae usted más armas. Deseo que acabemos de una vez.

RAS. En mi cuarto tengo ochenta más.

PRIMO Señores, ni que fuera a tomar un castillo. ¡Qué bárbaro!

RAS. Voy por ellas. Tengo una pistola que no ha fallado jamás. Vuelvo. (Vase.)

PRIMO Bueno, creerá el muy primo que lo voy a esperar. Yo doy parte ahora mismo a la policía. El juez se va a quedar loco cuando vea tanta prueba de convicción. ¡Caray, con Macías!... (Mutis por la izquierda.)

(Por la primera derecha entran en escena SEGUNDO y GUZMÁN.)

SEG. Me dejas perplejo; ¿de manera que mi tío te ha desafiado?

GUZ. Con la serenidad y el arrojo de un Hernán Cortés.

SEG. Eso demuestra que quiere a todo trance que me case con esa cursi.

GUZ. (Serio.) Segundo, que va a ser mi mujer.

SEG. Perdona, querido Guzmán, pero es que no sé lo que me digo; la actitud de mi tío trastorna por completo mis planes.

GUZ. Bueno, ¿pero tu plan cuál es?

SEG. Mira, hace un instante he dicho a don Ramiro Teruel que gracias a tu ciencia he recobrado la memoria. Le he pedido la mano de Clarita y mela ha concedido haciéndome ver que lo hacía por suponerme heredero de mi tío Peteroff. De manera, que si mi tío no ve con simpatía esta boda y Teruel se entera, figúrate.

GUZ. Es preciso que hables con tu tío. Le dices que has recobrado la memoria y a ver si le convences. ¡Ah! De paso procura dejarme a mí en buen lugar, porque chico, es una fiera. Vamos, yo creo que si no me bato con él es capaz de matarme a traición. Escucha, ¿gasta armas?

SEG. Jamás. Desde que le conozco no le he visto ni un mal cortaplumas.

RAS. (Por donde se fué. Trae una caja y una maleta.) Pardon, monsieur. Bon soir.

GUZ. ¿Qué hay, Rasconier?

RAS. ¿No está aquí el señor Castillo?

GUZ. ¿Don Primo?

RAS. Oui, monsieur. Acabo de venderle varias pistolas y puñales y desea más. ¡Oh! Es un monsieur nervioso, valiente...

GUZ. (Con mucho miedo.) ¡Segundo!

SEG. ¡Caramba! Pues no, no está por aquí. Acaso esté en el comedor. Como ya es hora de comer, puede que..

RAS. Voy a buscarle. Le llevo una pistola que no ha fallado jamás. (Saluda y se va por la izquierda.)

GUZ. ¿Estás viendo? Ha comprado armas. Ess es capaz de...

SEG. (Mirando hacia la izquierda.) Allí está con un camarero.

GUZ. ¡Caray!

SEG. ¡Cómo accionaí... El camarero huye. Nada, que es un bravo.

GUZ. Calla; ahora le llama la atención el francés de las armas. ¡Caray, cómo corre tu tío!

SEG Hombre, detrás del camarero.

GUZ. Es verdad. Mira, chico, es en serio. Procura dejarme en buen lugar a sus ojos, porque ¡caray!, un hombre de ese genio y con tantas armas...

SEG No temas; me quiere mucho y sabré convencerle.

PRIMO (Por la izquierda, último término.) (Ha perdido mi pista.)

GUZ. (Parapetándose tras Segundo.) ¡El!

PRIMO (Al ver a Macías.) (¡El asesino!)

GUZ. Cálmalo.

SEG. (A Guzmán.) Espera, porque si le digo de pronto que he recobrado la memoria, podría matarle la impresión.

PRIMO (Pues yo no me achico.) (A Guzmán.) Caballero, los procedimientos de que se vale usted, son arteros y miserables, los he visto; pero yo no soy ningún güacamayo. Andese con ojo porque voy prevenido. (Le enseña varias armas.) ¿Me conprende usted? Voy prevenido. A usted le salva el que este infeliz (Por Segundo.) está en imbécil y continúa en idiota, que si no él sabría defenderme de esas emboscadas.

GUZ. No sé lo que quiere usted decirme, caballero.

PRIMO No se haga usted el loco. ¿Va usted a negar que me ha tendido una celada? El francés no me dejará mentir,

SEG ¿El francés? ¿Qué francés, tío?

PRIMO (Boquiabierto.) ¡Reversalles!

SEG. Sí, tío; a qué seguir ni un minuto más sin comunicarle la felicísima nueva?

PRIMO (Retrocediendo.) Caray, pues ¿qué pasa?

SEG. ¿No lo está usted viendo? Que este sabio me ha hecho recobrar la memoria.

PRIMO ¡Cómo! (A Segundo.) ¡Usted!... Digo este...

SEG. Sí, este; este ha sido.

GUZ. ¡Yo, don Primo, yo!

PRIMO ¡¡Ay!! (Se deja caer en una silla.)

GUZ. ¡Don Primo!

PRIMO ¡¡Ay!!

SEG. ¡¡Tío!!

PRIMO ¡Ay, que me rueda el Sanatorio!

SEG. ¿Pero qué le pasa?

PRIMO ¡Ay, qué alegría! Tú, tú con memoria. Claro que al pronto te extrañará mi cara; sí te extrañará. Fueron treinta años en Filipinas; tú tenías ocho messs. Bueno, aquí el amigo te contará lo de la Peteroff.

SEG. No hace falta, tío; eso me lo contó hace mucho tiempo mi pobre madre.

PRIMO ¿Cómo? Tu... ¿tu madre?

SEG. Sí, tío, sí.

PRIMO (Este no se ha curado.)

SEG. Muchas veces me lo dijo: tú eres el último Bravo de Chacota, pues aunque hay otro Bravo por el mundo, oficialmente no es Bravo, es Peteroff.

PRIMO (Asombrado.) ¿Y tu madre, te ha contado eso?

SEG. Muchas veces. (Le abraza,) Tío de mi alma.

PRIMO (Escamado.) (No estoy tranquilo.)

SEG. Déjame un instante a solas con mi tío, querido Macías. Puedes comunicar a todo el mundo tu triunfo científico.

GUZ. Sí. (Aparte a Segundo.) Déjame en buen lugar.

SEG. (Idem.) Descuida.

GUZ. Hasta luego. (Vase por la derecha.)

PRIMO Caramba, he debido decirle que busque al francés y que le diga que...

SEG. ¡¡Por fin!!

PRIMO (¡Ahora este me lyncha!)

SEG. Venga usted de nuevo a mis brazos.

PRIMO (¿Será efusión o pitorreo?) (Le abraza Segundo. Por la navaja.) Ten cuidado con la plegadera.

SEG. Acabo de saber por mi amigo Macías, que es un santo, todo lo que ha hecho usted por mí, y aunque mucho habrá influído en su conducta la voz de la sangre, más habrá influído sin duda, su bondad de usted, su generosidad y su altruismo.

PRIMO (Me cree su tío, menos mal.)

SEG. Gracias, tío querido.

PRIMO De modo que Macías te ha contado...

SEG. Todo, incluso la historia de los Peteroff, de la que tenía noticias por mi madre, como le dije.

PRIMO (Esto de la madre me desconcierta.) (Le mira escamado.)

SEG. Y ahora, querido tío... y puesto que el presente lo tengo resuelto, gracias a usted, hablemos de mi porvenir.

PRIMO Como quieras.

SEG. Tío de mi alma, yo adoro a una mujer.

PRIMO Ya lo sé; a Claudia.

SEG. No, tío; a otra.

PRIMO A su madre.

SEG. Adoro a Clarita Teruel. Hace un instante he pedido su mano y me ha sido concedida.

PRIMO (Encandilado.) ¿A ti? ¡Su mano!

SEG. Sí, señor.

PRIMO (Entonces sí, yo la curo... la mano es ya de éste, de manera que los cincuenta mil duros son para mí.) (Abriendo los brazos.) ¡Sobrino!

SEG. ¿No le parece a usted mal mi elección?

PRIMO ¿Cómo mal? Antes de un mes habrás unido tu preciosa existencia a la de esa angelical señorita, porque óyelo bien, voy a hacer por ti lo que no hubiera podido hacer tu padre mi hermano: voy a hacerle récobrar la memoria.

SEG. ¿Usted?

PRIMO Hoy mismo: te lo juro.

SEG. ¡Pero, tío! ¡Cómo!

PRIMO No me lo preguntes; pero te lo juro.

SEG. Le deberé mi felicidad.

PRIMO Me deberás lo que me debas, eso ya lo veremos.

SEG. Es usted grande, tío; no niega usted la sangre de los Chacotas.

PRIMO ¡Chist! Recuerda que soy Peteroff aunque sea Chacota. Conviene que esa historia quede en el olvido; respeta a tu abuelo. (¿Es aquel el francés?) (Mira hacia la derecha.) Anda, ven, vamos a preguntar por qué tardan hoy tanto en llamar para la comida.

SEG Soy su esclavo, querido tío. Con cien vidas no podría pagarle tantos favores.

PRIMO Quién sabe, Segundo, quién sabe. No somos más que átomos que el viento lleva de un Sur a Norte y viceversa. Ya ves, hoy soy multimillonario, pues quién te dice a ti que

mañana no tenga que pedirte dos pesetas. (Se van por la izquierda.)

(Por la primera derecha entra en escena CLARITA, seguida de sus padres que vienen discutiendo acaloradamente.)

RAM. No, no y no.

CAR. Reflexiona, Ramiro.

RAM. Ahora mismo busco al marqués y rompo ese compromiso.

CAR. Ramiro, por Dios.

RAM. ¿Pero no has oído lo que estaba contando esa doña Julia?

CAR. No.

RAM. El Marqués de Sierra Nevada está completamente arruinado; debe hasta los cortes de pelo.

CAR. ¡Qué barbaridad!

CLARA (Está arruinado, pero no importa; su tío es millonario y lo arreglará todo.)

RAM. Y para que te enteres: el sinvergüenza del tío está más arruinado que el sobrino. Ha vuelto de Filipinas de limosna, ayudando al fogonero, y si está en el sanatorio, lo debe a lo que debe a doña Julia.

CAR. Me dejas de mayólica.

CLARA (¡El tío en la indigencia!)

RAM. Anda, vamos a buscar al tío y al sobrino y a romper toda clase de relaciones con ellos.

CAR. Aguárdanos aquí, Clarita, hija mía.

CLARA Sí, mamá.

RAM. El tío estará jugándose hasta las pestañas, como siempre. (Se van por la segunda derecha.)

CLARA (Muy apurada.) Estoy perdida. No tengo más que una solución; que me cure el marqués, porque si me cura el tío, como no tiene dos reales, preferiría los cincuenta mil duros. Sí, buscaré a Segundo, y puesto que me ama, le diré lo que ocurre.

PRIMO (Por la izquierda.) (¡Caracoles, ese francés me va a convertir en un cardíaco.)

CLARA (Don Primo; ¡qué contrariedad!)

PRIMO (Al ver a Clara.) Sobrina de mi corazón; bueno, permíteme que te tutee, pero te considero ya como de la familia.

CLARA Sí, señor.

PRIMO He hablado con mi sobrino, que como sabrás

ha recuperado la memoria, y chica, te idolatra. Y mira, ya tengo pensado lo que voy a hacer para curarte.

CLARA — Bien, pero...

PRIMO — Déjame hablar. Como tú perdiste la memoria a resultas de un accidente ferroviario, dentro de un rato, cuando haya aquí bastante gente, llego yo, hago sonar una campana, digo «señores viajeros, al tren», toco un pito, repito lo de la campana, imito el ruido del vapor que se escapa por las válvulas, trepido como el convoy, tú das un grito. ¡Ah! La catástrofe; mi madre; mi padre, las maletas... ¿Me comprendes?

CLARA — Sí, señor, pero...

PRIMO — Nada, eso es lo mejor; tilín, tilín,.. señores turistas, a sus compartimientos. Píií... fú... fú... fu... fú...

RAS — (Por la izquierda.) Monsieur...

PRIMO — (Haciendo mutis por la derecha a todo meter.) Fú... fú... fu... fú... fú... (Vase.)

RAS. — (Perplejo.) Ha salido haciendo fú. No, pues estas veinte armas se las coloco, como soy de Fontainebleau. (Se va tras Primo.)

CLARA — No, no. Yo no puedo consentir que el tío me cure, tiene que ser él, él. (Viendo a SEGUNDO que entra en escena por la izquierda.) ¡¡El!!

SEG. — (¡Clara! ¡Dios mío!)

CLARA — (Valor.)

SEG. — (Acercándose a ella y tomándole una mano.) Señorita, aunque dentro de un minuto olvide usted lo que voy a decirle, no me importa; necesito decírselo para desahogar mi corazón. La adoro a usted desde aquella tarde felicísima que su góndola se cruzó con la mía.

CLARA — (Ruborosa.) Y yo también, marqués.

SEG. — (Asombrado.) ¿Eh? ¿Cómo? ¡Usted!...

CLARA — Sí.

SEG. — ¿Pero usted recuerda?

CLARA — Todo, Segundo, sí. Hace tiempo recobré la memoria, pero lo ocultaba, porque me había jurado a mí misma no ser más que suya.

SEG. — ¡Clara!... ¡¡Clara!!

CLARA — Y ahora me alegro de esta farsa, porque sólo a ella deberemos nuestra felicidad.

SEG. — No comprendo.

CLARA Mi padre busca a usted para decirle que nuestra boda es imposible.

SEG. ¿Eh?

CLARA El accedió a su petición porque creía que su tío de usted era millonario.

SEG. ¿Y no lo es?

CLARA No, señor. Se arruinó en Filipinas. Está aquí gracias a unos miles de pesetas que le prestó la viuda de Romero.

SEG. ¡Dios mío! Mi tío Peteroff sin dos reales. Pero, ¿y esa historia de las casas de Petrogrado y de los montes de Moscou?...

CLARA Pobrecillo; ilusiones. Pero no se apure: nos casaremos. Mi padre ha ofrecido mi mano al que me cure; cúreme usted, marqués; mi padre es un caballero y no faltará a su palabra.

SEG. (Perplejo.) (¡Peteroff tronado! Me parece que ese tío mío es un sinvergüenza y me extraña, porque sería el primer Chacota sin pundonor.)

CLARA Deseche toda idea de tristeza y piense solamente en nuestra felicidad. Es preciso que idee usted algo para mi curación.

SEG. Sí, Clarita, sí. Eso es muy fácil. Le recordaré detalladamente nuestro encuentro en Venecia.

CLARA Muy bien.

SEG Usted, a medida que yo hable...

CLARA (Mirando hacia la derecha.) ¡Silencio!

MAN. (Por la derecha con RICORDI.) Aquí está el marqués.

RIC. Celebramos muchísimo su curación, señor marqués, porque viene a resolvernos un grave conflicto.

SEG. Usted dirá.

RIC. Su señor tío, don Primo Peteroff, debe cantidades de cierta importancia, no solo a mí, sino a casi todas las personas de este sanatorio, y como acabamos de saber que es insolvente, deseamos saber también si usted se hace solidario de esas deudas.

SEG. Yo, caballero, no puedo responder de deudas que no he contraído. Además, no estoy seguro del parentesco que me liga con ese señor.

RIC. El afirma que es tío de usted.

SEG. Puede que lo sea, pero no lleva ninguno de mis apellidos.

(Por la derecha entran en escena DOÑA CAROLINA y RAMIRO.)

RAM. Aquí está.

CAR. Energía, Ramiro.

RAM. No te apures, ya sabes que en punto a intereses soy más tirano que Nerón. ¡Señor marqués!

CLARA (¡Mis padres! Tiemblo como una amapola.)

RAM. Hace un instante concedí a usted la mano de mi hija, porque creía que su señor tío era un Rajá, pero enterado de que solo posee una casa de cañas en Filipinas, retiro mi palabra y quedo en libertad. Mi hija, cuando recobre la memoria se casará con el elegido de su corazón, siempre que nos convenga.

SEG. Señor Teruel, usted ha prometido la mano de su hija ó cincuenta mil duros a quien la cure, ¿no es verdad?

RAM. Y no me retracto. ¿A qué viene eso?

SEG. Viene, a que hace un momento comencé a recordar a Clarita cierta escena de Venecia, y sus ojos se animaron como si nuevas ideas brillaran en su cerebro.

CAR. ¿Será posible?

SEG. La recordé el canal azul y el poético cantar de los gondoleros «Resta tranqüilo il mare», y ella se separó de mí, diciendo quedamente «Tranqüila la fioresta». Estoy seguro de que si continúo la curaré. Hagamos la prueba. Llámela usted, señora.

CAR. ¡Clara! ¡Clarita!... Ven aquí.

CLARA (Levantándose y acercándose, recitando como una sonámbula.)

Resta tranqüilo el mare
tranqüila la fioresta.

RAM. ¡Caramba!

CAR. ¡Dios mío!

MAN. Es extraño.

SEG. (A Clara, persuasivo.) Recuerda usted, Clarita, que después de esa linda canción nuestras góndolas se cruzaron y yo, de pie en la mía,

miré a usted fijamente y el potente imán de sus ojos me atrajo, perdí el equilibrio y...

CLARA (Da un grito que asusta a todos.) ¡Ah!

TODOS (Asustados.) ¡Ay!

CLARA (Mirando al vacío.) Sí; la góndola gris, la espuma blanca, el agua verde, el cielo azul...

SEG. (Recitándola al oído dulcemente.)

Resta tranqüilo el mare.

CLARA Tranqüila la fioresta.

CAR. (¡Recuerda, recuerda!)

SEG. (Como antes.) E in ciel la bianca luna.

CLARA ¡Resta! Resta...

TODOS ¡Resta!

RAM. ¡Y a mí me divide!

SEG. ¡Clara!

CLARA ¡Marqués!...

MAN. ¡Prodigioso!

RIC. ¡Curada!

CAR. ¡Curada!

CLARA (Examinando la habitación.) ¿Dónde estoy? Esta no es nuestra casa de Soria.

CAR. Hija mía, ¿recuerdas?

CLARA Sí, mamá.

RAM. ¿Pero todo?

CLARA Yo creo que sí.

RAM. ¿Cuántos reales tiene un duro?

CLARA Me parece que veinte.

RAM. Matemático; tenemos hija.

RIC. Albricias, señor Teruel. (A Manthon.) A ver cuando hace usted una cura tan rápida como ésta, querido Manthon.

MAN. Mañana sin falta. Se me ha ocurrido que ese canónigo de Tarragona que perdió la memoria a resultas de una caída por una escalera, puede que la recobre volviéndolo a tirar por una escalera semejante.

RIC Es una idea. (Quedan hablando.)

(Por la izquierda entran en escena DOÑA JULIA, CLAUDIA y GUZMÁN.)

JULIA ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Oh, Marqués! Mil enhorabuenas. Nos acaba de comunicar Macías la gratísima nueva.

SEG. Mil gracias, doña Julia. ¡Oh! ¡Claudita!

CLAU. He sufrido mucho durante tu enfermedad, Segundo. ¡Qué torturas! ¡Qué insomnios!

JULIA (A Claudia.) Que está Macías delante, Claudia.

CLAU. Es verdad; pero es que ahora mi corazón duda.

GUZ. Señor Ricordi, ¿qué ocurre que no llaman para comer? Son más de la nueve y media.

RIC. Es verdad. Ya no tardarán.

PRIMO (Por la primera derecha.) (Todos reunidos. Llegó el momento de la cura catastrófica.) (Comienza a tocar una campanilla.)

GUZ. Gracias a Dios.

JULIA Ya era hora.

RIC. ¡Caramba! (Se van todos por la izquierda.)

PRIMO (Boquiabierto al verse solo.) Caray, pues ni que hubiera tocado a fuego. Pero que no ha quedado ni uno.

ROD. (Por la derecha.) ¿Quién se habrá permitido la broma de mal gusto de tocar la campanilla para comer?

PRIMO Caramba, camarerito; ven aquí.

ROD. ¿Señor?

PRIMO Me parece que fuíste tú el que me dió seis bofetadas seguidas de otras seis. Sí, ya lo creo, como que tienes una mano que es de porcelana, y no es piropo.

ROD. Yo no hice más que cumplir lo que me ordenó el Doctor Macías.

PRIMO ¿Macías?

ROD. Sí, señor; pagaba las bofetadas que se le dieran a usted a cinco duros.

PRIMO ¡Qué idiota! ¡Qué imbécil! Pues si me lo dice a mí me hago polvo. Bueno, mira, si me buscas a un francés que anda por ahí vestido de alpinista y lo encierras en una habitación hasta pasado mañana, te ganas diez duros.

ROD. Ahora mismo. (Se va por la derecha.)

(Por la izquierda entran en escena DOÑA JULIA, DOÑA CAROLINA, CLAUDIA, CLARITA, SEGUNDO, GUZMÁN, RAMIRO, RICORDI y MANTHON. Vienen indignados.)

RIC. Pues es una broma de muy mal género.

JULIA ¡Qué gracioso!

CLAU. (A Guzmán.) Entonces si la ha curado se casará con ella. ¡Qué lástima!

GUZ. Por Dios, Claudita.

PRIMO Señores, ustedes me perdonen lo del toque, pero ha sido un *quid pro quo*. Aunque venía

aquí con esta campanilla, venía con otro objeto.

RIC. Y es...

PRIMO Un momento. (Me gano el millón como el que enjabona.) Van ustedes a ver, señores, cómo esta señorita recobra la memoria, gracias a una idea faro que se me ha ocurrido. (Hace señas a Clara.)

CAR. ¿Qué dice?

RAM. Debe estar borracho.

PRIMO Un poco de silencio y no les choque lo que hago. (Toca la campanilla. Todos se ríen.) ¡¡Señores viajeros, al tren!! (Carcajada general.)

JULIA Está completamente loco.

PRIMO (Toca un pito. Ríen todos.) Me sorprende mucho esta juerga, señores, porque yo no me he reído nunca de los procedimientos curativos que se siguen en este Sanatorio, conque un poco de recogimiento. (Vuelve a tocar la campanilla. Nuevas risas.) ¿Pero qué pasa?

SEG. (Riendo.) Pasa, que usted pretende simular la catástrofe que originó la pérdida de la memoria de la señorita Teruel. (Ríe.)

PRIMO Naturalmente; eso lo adivina un percebe. (Ríen todos.) No sé a qué viene ese destripamiento de risa.

GUZ. Es que la señorita Teruel ha recobrado ya la memoria.

PRIMO ¿Eh? ¿Pero quién la ha curado?

SEG. Yo, y suplico al señor Teruel que me otorgue el premio ofrecido.

RAM. ¿Prefiere usted su mano o los cincuenta mil duros?

SEG. Su mano.

RAM. (Menos mal.) Concedida, señor Marqués.

SEG. ¡Por fin!

CLARA ¡Qué trabajo nos ha costado!

GUZ. (Que habla aparte con Primo.) Están al corriente de todo; doña Julia ha cantado de plano. Sabe que no tiene usted dos pesetas.

PRIMO ¿Saben también que no soy tío del Marqués?

GUZ. ¡Cómo! ¿Pero es posible? ¿No es usted su tío? (Llamando.) ¡Segundo!

PRIMO (Me he caído. Dentro de un minuto pesco la carretera.)

SEG. (Acercándose.) ¿Qué pasa?

GUZ. Que acaba de confesarse que no es tío tuyo.

SEG. ¿Que no? Entonces si no es usted mi tío, ¿qué pito ha venido a tocar aquí?

PRIMO Ya lo ha visto usted, querido Marqués; no he venido a tocar más pito que este. (Saca el silbato y lo toca, haciendo mutis.) Fú..., fú..., fú..., fú...

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

Obras de Enrique García Alvarez

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (2.ª edición.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (revista.)
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
Todo está muy malo! (2.ª edic.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz (13.ª edic.)
Sombras chinescas.
Los cocineros (4.ª edición.)
El arco iris. (2.ª edición.)
Los rancheros (3.ª edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (parodia) (3.ª edic.)
Alta mar (4.ª edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villapierde (6.ª edición.)
La alegría de la Huerta (10 edic.)
El Missisipí (2.ª edición.
La luna de miel (2.ª edición.)
Las venecianas.
Los gitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones (3.ª edición.)
La boda. (Letra y música.)
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero. (Letra y música.)
El terrible Pérez (4.ª edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo. (2.ª edición.)
La primera verbena.
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco del Real.
El pobre Valbuena (6.ª edición.)
El perro chico. (4.ª edición.)
La reja de la Dolores. (3.ª edic.)
El iluso Cañizares. (3.ª edición.)
El ratón. (3.ª edición.)
El pollo Tejada. (3.ª edición.)
El noble amigo. (2.ª edición.)
El distinguido Sportsman.
La edad de hierro. (Letra y música.)
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios. (4.ª edición.)
Hasta la vuelta.
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.) (Letra y música.)
El método Górritz. (3.ª edición.)
Mi papá. (2.ª edición.)

La primera conquista.
El amo de la calle. (Música.)
Genio y figura. (2.ª edición.)
El trust de los Tenorios.
Gente menuda.
El género alegre. (Música.)
El príncipe Casto.
El fresco de Goya. (2.ª edición.)
El cuarteto Pons.
Las cacatúas.
El bueno de Guzmán. (Letra y música.)
La catástrofe de Burgos.
Ideal festín. (Música.)
La Corte de Risalia.
El maestro Vals. (Letra y música.)
Los chicos de Lacalle.
El alma de Garibay.
La Venus de piedra. (Letra y música.)
Fúcar XXI. (Letra y música.)
Pastor y Borrego.
La niña de las planchas.
Las vírgenes paganas.
La frescura de Lafuente. (2.ª edición.)
La casa de los crímenes.
La Remolino.
La escala de Milán.
La conferencia de Algeciras
El verdugo de Sevilla. (2.ª edic.)
El último Bravo.